

Alarcón, Justo S. (1930 - )

*A las madres de Aztlán.*

**LOS SIETE HIJOS DE LA LLORONA**  
(Novela)

ÍNDICE

Preámbulo, por Armando Miguélez

“Amanecer”

Introducción

- I. El arzobispo  
*Siete perros*
- II. La maestra  
*Siete estrellas*
- III. El juez  
*Siete capuchas*
- IV. El coyote  
*Siete botas*
- V. El político  
*Siete pistolas*
- VI. El médico  
*Siete caballos*
- VII. El banquero  
*Siete corbatas*

Conclusión

"Atardecer"

## PREÁMBULO

Prologar un libro como éste supone creer que la literatura es, como diría Gabriel Celaya de la poesía, un arma cargada de futuro. Hay que partir de esto no sólo para prologar el libro, sino también para leerlo. Estamos ahora mundialmente en una etapa de retroceso en cuanto al compromiso literario. Después de los formalismos que nos han planteado las sociedades injustas, creemos que la obra artística tiene que explicarse por sí misma y dentro de sí misma. Se nos dice que un texto tiene que ser intratexto y no extratexto; que si el texto no se explica inmanentemente, entonces estamos ante una obra que se sale del campo propio de la experiencia artística. Pero ¿cómo podemos poner puertas a la creación y a la pasión humanas?

*Los siete hijos de La Llorona* es una obra concienzuda, de tesis sí, pero con una fuerza expresiva que trasciende la referencia concreta y, por tanto, la universaliza. Es una obra del Día del Juicio Final. La Llorona se venga de una vez por todas de aquellos estamentos sociales que destruyen la equidad entre los mortales: la iglesia, la ley, el "training", la economía capitalista, la política, la ciencia mercenaria.

En la historia de la literatura chicana, tenemos ya un precedente temático y estructural de este tipo de novela de tesis: la literatura magonista. Práxedes Guerrero, Ricardo Flores Magón y Lázaro Gutiérrez de Lara usaron la literatura —nótese que digo literatura y no escritura o pluma, etc.— para expresar un punto de vista sobre la realidad, el punto de vista de los de abajo, de aquellos que sufren la imposición de los nombres propios y sagrados sin poder librarse de ellos si no es con el insulto, la violencia, la usurpación del poder, o sea, “dándoles la vuelta a la tortilla”, como dice el mismo autor.

Lector, te vas a adentrar en un trabajo de desentrañamiento. *Los siete hijos de La Llorona* es la intrahistoria de los oprimidos, de los que hoy por hoy no pueden hablar por sí mismos, o si hablan le tergiversan el discurso. El relato es predicible, el estilo punzante, los diálogos precisos, la estructura geométrica, la moraleja aquella que te explique la nueva conciencia de tu entorno que, con la lectura del libro, vas a adquirir.

Armando Miguélez

## AMANECER

En el amplio Mall del Centro de Compras, junto a un surtidor de múltiples hilos de agua, se hallaba sentado el prestidigitador, titiritero de profesión. Un gorrito negro de hule le aplastaba la melena, ajustándosele contra el cráneo. Bajo las pestañas arácnidas, abanicos de palmera, se escondían dos córneas de amarillo datilero. Cubierta de una capa rojinegra, le protuberaba la panza obesa. Sobre la panza se hallaba trazada una red de hilos geométricos.

A su lado, y en el suelo, yacía inmóvil un policromado títere con la inscripción "*Made in México*". La patiabierta mano del titiritero "Joe" descansaba sobre la cabecita del postrado muñeco. Unos alambres caseros le sujetaban las coyunturas de cabeza y piernas, de brazos y pecho. Muchos años de entrenamiento habían transcurrido entre amo y siervo.

La gente se iba acumulando. Comenzaron a formar un círculo concéntrico. Los niños delante, los mayores detrás. Colgado de un hilo tenso giraba un letrero: "*Free Show. Courtesy of your friendly stores*". Algunas madres cogían a sus niños de las manos. Otras sacaban monedas de las bolsas. Las cabezas de los niños giraban cual veletas. Las siete señoras habían sido las primeras. Cruzaron las miradas y chisporrotearon sonrisas demacradas. Los niños, prendidos de las madres, saltaban empujados por resortes.

Paulatinamente se levantó la araña vestida de hombre. Las pestañas de los niños se clavaron inmutadas. Los corazoncitos brincaban de contento. El hombre araña subió al pequeño proscenio. Sobre la palma de la mano llevaba tendido al huesudo muñeco. Desapareció tras las cortinas, que dejaban entreabierta una ventana soñada. La mano invisible controlaba al fantoche. Soplo de vida. Vida prestada.

Un letargo profundo cayó sobre los espectadores. Sus ojos transfijos se prendieron del hipnotizador. Bajo la gasa del sopor, volaban los sueños como vejigas preñadas.

Las damas torcieron las caras y se cruzaron las miradas. Doña Lola se fijó en doña Lupe, doña Olga en doña Rosa, doña Ofelia en doña Nora y doña Amparo en todas juntas. Los niños seguían extasiados. "Amá, ¿cómo se mueve?" – "Tiene un resorte, m'hijo". El títere seguía saltando. "Amá, yo veo unos hilos". – "Es tu imaginación, m'hijo". Los coranzoncitos seguían brincando. "Amá, tengo miedo...". "Entodavía no es de noche, m'hijo". El títere se cayó al suelo. "Amá, se murió el muñeco". – "Le cortaron los hilos, m'hijo". Siete miembros de palo quedaron esparcidos por el suelo. Siete miradas de niño quedaron desvencijadas por el miedo. "Amá, me va agarrar La Llorona". Por detrás de las cortinas apareció un hombre gordo vestido de corbata y de traje negro. Del brazo izquierdo le colgaba el uniforme de araña. "*Ladies and children, go home. The Show is over*".

Eran las siete de la noche. En el barrio Las Pencas siete niños corrían por las calles. La noche inflaba sus cachetes y soplabla por las rendijas de las ventanas.

## INTRODUCCIÓN

Ay... de mí Llorona,  
Llorona,  
Llorona llévame al Río.

Habían venido de lejos. Habían seguido el serpenteo del río. El duro rielar de la luna sobre el agua había templado los espíritus. Bajo sus pasos crujían las hojas secas con quejido lastimero. Hojas secas y muertas, desprendidas por el vaivén del tiempo. El vientre de la noche tragaba el henchido eco.

Millas atrás, junto a una casa vieja y abandonada, ladera a un camino lleno de broza, quedaba su *Chevy Stationwagon '77* solitario. Habían llegado a su destino. De la ribera del río subía la falda de la loma. Un remanso oscuro y sin luna. Pozo negro, pista de brujas zarandeadas por el viento. Voces de cráneos sin aliento.

Treparon la falda. Al poco tiempo, hallaron la entrada. Una boca, flanqueada por colmillos estalactíticos, tragó a Los Siete. Un flash los condujo hasta el centro. Atrás dejaban túneles y corredores. Murciélagos sanguinarios ceñidos contra las oquedades de las paredes. Lechuzas malagoreras guiñaban su quieta mirada en la oscuridad de la nada.

Con guijarros formaron un fuego. Se sentaron. El reflejo formaba un círculo de caras nocturnas bajo la concavidad de la cueva. Se agarraron de las manos y el círculo se extendió. Un quejido arremolinado fue empujado por el viento. Subía trepando por la ladera de la loma como sudario milenario de voces de muertos. De las aguas negruzcas se desprendió. Se ciñó el círculo, y, con las cabezas postradas, recibieron el esperado dictamen. "Ay... de mis hijos, yo no fui. Por decenios y centenios me vinieron acusando. Yo no fui. Una madre no puede matar a sus hijos. Le faltarían fuerzas a mis brazos para hundirlos bajo el agua. Me morderían los huesos con sus colmillos afilados. Yo no fui. Fue esa puta desvergonzada la que los mató. Esa madrastra que quiere lavarse la sangre de sus manos descargando su culpabilidad sobre mí. ¡Cuántos años pasaron y cuantos tienen que pasar! Yo no puedo vengarme. Yo no soy de carne. Yo soy de viento. ¡Ay... de mis hijos, quién me vengará!" En una ola de viento bajó el lamento por la falda del monte. La luna plateada dibujó un círculo en la superficie del agua. El río se estremeció como una tumba preñada.

Alzaron lentamente las cabezas. Se miraron. En sus pupilas parpadeaban diminutas lenguas de fuego. Las llamas cobraron más fuerza. Abrieron más el círculo, extendieron los brazos y, con las manos entrelazadas, alzaron los ojos hacia donde había procedido el lamento. Los Siete, al unísono, procedieron: "Madre Nuestra, *tus complaints will be avenged!*" Bajaron las cabezas, se miraron, soltaron las entrelazadas manos y rompieron el círculo.

Antonio Noriega, pensativo, daba vueltas alrededor del fuego. Se paró. Se dirigió hacia el grupo y dijo: "Carnales y carnalas, tenemos que hacer algo. To start with, we have to get

organizados. We have to make our planes, carefully y despacio. Y después, carry them out. Primero, tenemos que hacer un Manifiesto. Luego, we have to have un juramento. And, finally, we have to select our víctimas. Agreed?" Sus cabezas asintieron.

El fuego se estaba extinguiendo. Habían pasado el resto de la noche pensando, dialogando y discutiendo. Acordaron en un Manifiesto de siete artículos y seleccionaron sus correspondientes víctimas. Antonio Noriega, el más viejo del grupo, salió elegido como el jefe ungido. A la voz del líder todos se pusieron de pie. Sacó una navaja del bolsillo derecho. Se acercó a las llamas mortecinas. La abrió. La hoja plateada resplandecía en las paredes carcomidas de la cueva. Las pupilas centelleaban espadas. La blandió lentamente sobre el fuego. Incandescente, la acercó a la muñeca izquierda. Un leve toque abrió una rosa de sangre. La hoja fue dando la vuelta al rojo círculo de los presentes. Antonio Noriega la recibió. La limpió contra el muslo de la pierna derecha. La cerró. La metió en el bolsillo derecho y proclamó: "Join your left wrists. Con este ritual de sangre humana y hermana juramos vengarnos de la culpabilidad de Nuestra Madre. Keep this a secret hasta la muerte". Alzaron los brazos y un rosetón de manos y muñecas recibían la alborada del nuevo día.

Caminaban por las catacumbas de la cueva, y un viento plañidero ensayaba ayes lastimeros. El río se tragaba el goterío desprendido de las nubes lacrimógenas. Atrás quedaban la loma, la cueva y el río. El humo del tubo de escape se confundía con la niebla y las nubes, mientras al stationwagon se lo tragaba el bullicio de la metrópoli.

## I

### *Oreste Lizárraga*

Oreste Lizárraga y yo jugábamos en la Little League. En una de las esquinas del Parque San Lázaro había un campo de béisbol. Los miércoles por la noche era nuestro día de práctica. El era el short stop y yo el catcher. Teníamos nueve años.

Para ganarnos unos centavos, los dos repartíamos de puerta en puerta el *Pennysaver*. Era una vez por semana. Este trabajo nos dejaba algunos centavos. Las bicicletas nos las habían mercado nuestros padres en el *Park-and-Swap*. Eran de segunda mano, pero todavía jalaban.

En nuestro barrio, el Barrio Las Pencas, había un *Circle-K*, un *Jack-in-the-Box* y un *Safeway*. Aunque mi mamá me decía siempre que guardara mi dinero, yo nunca podía hacerlo. El *Circle-K* se quedaba con él. Lo mismo le pasaba a mi cuate Oreste Lizárraga.

Un día, después del juego de béisbol, que ganamos a los Little Bears, nos fuimos al *Jack-in-the-Box*. Habíamos jugado muy duro. Me acuerdo que yo iba muy sudado. Entramos y le pedimos a una de las chamacas que estaban allí un *vanilla shake* y un *strawberry shake*. Nos los puso encima del counter y nos dijo: "*Two quarters, boys*". Oreste sacó veinte centavos y yo veinte y tres. "*I've said, two quarters*". Nos quedamos con el *strawberry shake*. La chamacona de ojos azules tiró el *vanilla shake* por el fregadero.

Me fijé en la cara de Oreste Lizárraga. Además de sudada, la tenía muy chorreada. Nos quedamos con las ganas del *vanilla shake*. Pero nos quedaron unos centavos en el bolsillo para la siguiente vez. Lo que nunca pudimos comprender es por qué la chamacona del gorrito amarillo aventó el *vanilla shake* por el *sink*. Pudiera ser que no le gustaba a ella. Bien pudiera ser. La maestra nos dijo que: "*One has to pay for the things he consumes*". Pero la chamacona de los cachetes colorados nunca pagó por el *vanilla shake*.

## EL ARZOBISPO

Era domingo. Su Excelencia, el señor Arzobispo John McNamara, había terminado de decir la misa en la Catedral. Eran las once. Un tríptico, al fondo, hacía de retablo del altar mayor. El Cristo de Dalí, en su postura diagonal, cubría la superficie de las aguas y proyectaba su espíritu muerto sobre la nave de la iglesia. A su derecha, una Dolorosa de Rubens, sensual y acuchillada por siete espadas, se dolía de la muerte de su único hijo. A su izquierda, un San José, de pintor desconocido, mostraba anacrónicamente un serrucho y un martillo. El tabernáculo, chapeado de oro, descansaba sobre cuatro pequeñas columnas de alabastro.

La gente, embotada de licor vespertino y aturdida de misterios matutinos, bajaba alelada los peldaños de la entrada. Su Excelencia “daba gracias” arrodillado en un reclinatorio de rojo donjuanesco, bajo una estatua marmórea de un Niño Dios empeloto. En actitud meditabunda, posaba su frente pesada sobre sus dos manos obesas. Pasaron quince minutos en absoluto silencio. El cañón de una pistola en la sien lo sacó del arrobó. Como un cordero levítico se dejó conducir por Oreste Lizárraga. En un callejón cercano los esperaba el *Stationwagon*. Minutos después, los tragó el silencio del campo.

Eran las siete de la tarde. El sol ya se ponía. Su Excelencia miró al río y se acordó del Jordán. San Juan en pieles de oveja, con una concha en la mano, derramaba agua cristalina y prístina sobre la larga e inmaculada cabellera de Cristo. Con los ojos recogidos pasó por las catacumbas que conducían a la entraña de la cueva —“*Like in the early days of the Church*”—, se decía. Nombres de mártires caminaban por los nervios de su cerebro. Llegaron. Con las manos atadas por detrás, lo sentaron sobre un risco.

Un fuego puro y etéreo lanzaba las sombras de las cabelleras contra las paredes ahuecadas de la cueva. Hadas nocturnas bailando la danza del ensueño. Sentados en círculo, se cogieron de las manos. Inclinaron las cabezas e invocaron a la Madre.

— *My children, why do you do this to me?*

— *Shut up.* Nosotros no somos tus hijos.

— “Ay... de mis hijos...”

— *Superstition, superstition, supers...*

— ¡Cállate la boca! *These are tongues of fire, you know?*

Quedó todo en silencio. Un silencio procedente del río invadió toda la cueva. Largo, se extendió como una negra llama. Se ciñó sobre las cabezas y, con una profunda angustia, sopló: "Cientos de años han pasado, hijos míos, que me han robado a mis niños. Con las espadas y las cruces me los han uncido. Terneros tiernos doblados sobre la tierra. Desde entonces no han sabido de qué color son las flores de los árboles, ni cómo es el vuelo de

los peces, ni el canto de los vientos. Años después, los encerraron en gallineros. Caminaban para adelante y para atrás, para un lado y para el otro, sin poder llegar a ninguna parte. Con deseos de volar, se daban con el pico en el alambre. “¡Ay... de mis hijos..., los ahogaron en el río!”

— *Superstition, superst...*

— *Shut up!*- gritó enfurecido Oreste Lizárraga.

Tenía veinticinco años. Había asistido al seminario durante siete. Le cruzaron por la mente como un escalofrío. Se levantó. En un charco de agua se lavó las manos. Se las llevó a la cabeza y se las secó en el pelo. Daba vueltas a la rueda que formaban los del grupo. Al completar cada vuelta, se detenía delante de Su Excelencia.

— ¿Por qué nos cambiaste el nombre? ¿Por qué no nos dejaste los nombres de Moctezuma, Xóchitl, Cuauhtémoc. ..?, ¿por qué?

— *Because those are pagan, non-Christian names.*

— ¡Qué chistoso! Quesque paganos. Como a las mulas, a los siervos, a los esclavos. Agarrados de la greña.

— *Because you needed the sanctifying grace.*

“*John, I baptize you in the name of the Father, and of the Son, and of...*”. Me acuerdo que mi carnalito iba dormido y vestido de blanco. Mi madre lo llevaba tapadito con una cobijita y un gorrito que ella misma le había tejido. El cura le mandó que se lo quitara. Cuando el cura le dejó caer el agua sobre la cabeza, mi carnalito, con los ojos apretados, los puños cerrados y los labios morados, dejó salir un berrido que retumbó por toda la iglesia. ¿Por qué le hicieron eso a mi carnalito, ama'?” “Pa' que le salieran los malos espíritus, m'hijo”. Mi carnalito temblaba de frío. Entodoavía le dura la temblorina, porque no sabe quién es.

— *Your people spend all their money in parties.*

— *Not so. El Father O'Connor se lo gastó todo en whisky.*

— *And what about your tithes?*

— En tu belly y en tu *First State Bank*.

“*Now you are the chosen ones. As Christ said: go and sell everything and give it to the poor*”. Todavía recuerdo cuando el Obispo me puso sus manos obesas sobre mi cabeza. “*Receive the Holy Spirit...*”. Desde entonces sentí un peso sobre mi cabeza que ya no pude pensar más. Se apoderó de mí una nube tan densa que me azonzó. “*Come here, do this, don't do that, you are in sin...*”. Me metía la cabeza en el lavabo, en la regadera, me



arañaba el pelo con un peine de alambre, me jalaba de los pelos, de noche me tapaba los oídos con la almohada, daba vueltas en la cama. En los sueños me picaban los mosquitos en la oreja, las avispas en la cara y las arañas anidaban en mi greña (“*You are in sin...*”). Me confesaba. Metía la cabeza en el confesionario, me la tragaba una boca de dragón. En el lento vaivén de un océano tibio y sin fondo, se me fueron moldeando las infinitas células del cráneo. Fueron paridas a un mundo extraño y ajeno en donde reinaba la serenidad de un miedo eterno y nocturno. Mi cabeza de títere recibía las órdenes por los pelos de punta como cordones invisibles que mueven los muñecos en un teatro para niños. Me sentí en el vértigo del vacío producido por un mago satánico.

— *You were the mago, cabrón!*

— *I don't know what you are talking about.*

— *You stole my very being, marrano!*

— *I'm the representative of Christ on Earth.*

— ¡Jijo 'e tu chingada madre!

Oreste Lizárraga, sus ojos destellando llamas, transfijos, cogió a manos llenas la rubia cabellera de Su Excelencia y lo zarandeo por el suelo. Sus piernas parecían de trapo, igual que las de un muñeco en manos de un niño poseso. Solamente respondían a la voluntad del prestidigitador. "Levántate. Siéntate. Ponte de rodillas. Confiésate...". Sí, ¿qué más? ¿Nada más? Pos deja que te ayude. ¿Te acuerdas de aquella mojadita de dieciséis años? ¿Quién la violó en tu cama de terciopelo? Quesque “*trying to help the poor, the unfortunate*”. Y ¿quién se la devolvió a sus padres, después de seis meses, sin saber en dónde estaba, desconsolados en el otro lado de la frontera? ¿Quién? La chota, a quien tú se la entregaste como puta mantecosa. ¿Sabes quién era, cabrón? Mi cousin, la Lupita. Y ¿sabes quién me lo dijo? El Father García, aquél con quien tú te confesaste antes de decir la misa de funeral por el difunto banquero, el Mr. Steinfellow Sr., que te guardaba el dinero del bingo de las parroquias de nuestros barrios en donde quedaban los pesos del *Social Security* de nuestros viejitos. “Pobrecito, Señor Obispo, necesita dinero dizque para construir una casa para los viejitos necesitados”. Diez años sacándole el *Social Security* y, mientras tanto, mi agüelita, sin fuerzas en las piernas, no podía limpiarse la cuacha, porque mi *cousin* servía dizque de criada al Señor Obispo. ¿Te acuerdas, baboso?

— *Please, don't do that to me. I don't understand a word.*

— ¿No sabes Spanish? Ahora te lo enseñaré.

Pos el Father García, aquél que tú creías que no sabía English y que estaba medio menso, me lo dijo. Dizque hay tres clases de personas que dicen la verdad: los niños, los borrachos y los locos. Pos el Father García pertenece a los últimos. Desde que tú le exigiste obediencia ciega, desde que tú lo hiciste niño y le sacaste su responsabilidad de

hombre, se volvió como una bestia. Lo castraste. Y eso porque querías hacerte como un dios. Jugaste con él como con un muñeco. Y eso querías hacer conmigo en el seminario, para ser tu robot y usarme, y para que yo usara y explotara a mi gente y le sacara sus pesos y tú se los llevaras al Mr. Steinfellow, tu banquero.

— *That is a lie.* Una mentira.

— Ya veo que vas aprendiendo *Spanish*.

¿Te acuerdas cuando el viejito Joe Molina se murió y dejó su *warehouse* de telichería al Padrecito López para que le hicieran una iglesia a la Virgen de Guadalupe? Y que algunos de los viejitos fueron a verte para que la gente pudiera ir a misa los domingos. Y que tú les dijiste que no tenías lana, que mejor fueran arrimando el hombro ellos mismos. ¿Te acuerdas? Y los viejitos se organizaron y los fines de semana iban haciendo lo que podían. Unos de carpinteros, otros de albañiles y otros de pintores. Hasta Tony Chávez “El Tripero”, que en su *Chevy pickup* llevaba la basura al *dump*. ¿Te acuerdas? Y después de dos años de trabajo ¡qué chula quedó la *warehouse* del difunto Joe Molina! Hasta las Guadalupanas bordaron un lienzo de la Virgen de Guadalupe que pusieron en el altar. Y hasta el Padrecito López te invitó para que dijeras la primera misa en nuestra iglesia nuevecita. Y que tú no vinistes porque dizque no podías, que para eso nos habías dado al Padrecito López. ¿Te acuerdas? Y que tuvimos una kermés para levantar fondos para comprar más santos y que tú, mientras hablabas con el Mr. Steinfellow, tu banquero, le dijiste al Padrecito que te diera el dinero, que lo necesitabas para la casita de los viejos, que nosotros no necesitábamos más santos, que con la Virgen de Guadalupe ya teníamos. ¿Te acuerdas? Y después enviaste a tu licenciado para que hablara con el Padrecito, y el Padrecito le dijo que los viejitos también tenían que decidir en el asunto, y que a ti no te parecía la idea. ¿Te acuerdas? Y que lo que tú querías era hacer los “*deeds*” legalmente, para que la propiedad pasara a tu nombre. ¿Te acuerdas? Y que los viejitos nomás dijeron que no, que no creían que eso debiera ser así, pues, después de todo, ellos habían arrimado el hombro y que si dejaban ir la iglesia, que pues se quedaban sin nada y que quitarían a la Virgen de Guadalupe y pondrían al St. Patrik mentado. ¿Te acuerdas? Y yo, como los otros chamacos del barrio, gastamos nuestros centavos en sodas, en raspas y en taquitos para ayudar a nuestra manera en la kermés. ¿Te acuerdas? ¿Dónde están mis cinco pesos, cabrón?

— *I haven't seen the money.*

Y hablando del viejo Joe Molina, que en paz esté, ¿te acuerdas de cuando lo enterramos? El Padrecito López estaba enfermo y vino el Father O'Connor. Tuvimos que esperar por él en el camposanto. Allá venía él en su *Thunderbird* azulito. Hasta mi cuate, el Sonny, se le figuró de cómo se vería de “*lowrider*”, que nunca había visto *Thunderbirds* “*lowriders*”. Pintado *silver tone o red cherry*, ¡qué chulo! Pues llegó quince minutos tarde. Se puso a rezar en inglés, que ni los viejitos ni el mismo difunto Joe Molina le hubieran entendido. Y cuando terminó, el Father O'Connor le dijo a la gente: “*Now, go home!*”, y que la gente se quedó sin saber qué hacer. Y que el Father O'Connor volvió a decirnos: “*Did you hear me? Go home, I've said!*”. Y entonces el compadre del difunto

Joe Molina, Héctor Archuleta “El Tamalero”, pos tomó la palabra y, con mucho respeto, le dijo: “Father, nuestra tradición es quedarnos aquí hasta que bajen el muerto al hoyo. Esta es nuestra voluntá y la de mi dijunto compadre”. Todos estuvieron de acuerdo, y el Father O'Connor solamente nos dijo: “*You, primitive people*”, y se fue muy enojado. Allí nos quedamos todos y le echamos un puñado de tierra cada uno. Cuando lo cubrimos todito de tierra, la mujer del difunto comenzó a llorar mucho y sus comadres y todas las mujeres la agarraron y la consolaron y se sintió muy aliviada. Nosotros los chamacos teníamos miedo, pa qué negarlo, pero después nos fuimos a la casa del difunto, y las Guadalupanas tenían listo un menudo muy calentito y sabroso. Luego luego se nos fue el miedo, aunque aquella noche yo no pude dormir, porque me parecía que el alma del difunto Joe Molina se me iba a aparecer.

— *Superstition, superstition, superst...*

¿Te acuerdas cuando yo tuve que irme a una escuela pública en mi *Third Grade*? Me rodearon de bolillos. La Ms. Fairchild nos mandó a casa a mí y a mi cuate, el Sonny, dizque para que nos sacaran los piojos. Que todos los prietos teníamos piojos. Le decía a todos los chamacos que los médicos decían que la carne prieta y el pelo negro que criaban piojos. Los otros chamacos, los bolillos, no querían jugar con nosotros. El Sonny ya no quiso ir más a la escuela, y a mí mi papá me cambió de escuela, porque yo lloraba mucho. Yo, de niño, no entendía nada, pero después mi mamá me dijo que le había dicho mi papá que la *Sister Mónica*, la única *teacher* chicana que yo tuve, antes de que cerraran la escuela, que le había dicho que cerraron la escuela *Our Lady of Guadalupe* porque nosotros no dábamos dinero y que tú no ibas a dar dinero, que para eso estaba la *Welfare*. Pero ella le dijo a mi papá que es porque tú llevabas el dinero del bingo para construir otra escuela para los bolillos.

— *That's not true.*

— *Liar.* Mentiroso. Tú eres el mentiroso, Obispo.

Y cuando mi cuate, el Sonny, que no acabó la escuela y se casó con la Cinthy y que era una piruja y que pedía divorcio y que tú decías que no podías darle divorcio, que si quería que le dabas el *annulment*, pero que para eso tenía que tener veinte mil dólares. ¿Te acuerdas? Y que él no quería, porque no tenía la lana y que pues sus hijos iban a resultar bastardos y que pues que no, que ya tenían bastante con ser hijos de una piruja. ¿Te acuerdas? Y el Padrecito García, al que tú volviste loco, le dijo al Sonny que tú le conseguiste el *annulment* al Mr. Steinfellow, tu banquero, por cincuenta mil dólares y que, aunque no era cristiano, lo volviste a casar con la Presidenta del *Altar Society Ladies*. ¿Te acuerdas? Y el pobre Sonny, que no tenía la lana y que no quería que sus hijos fueran bastardos, pues se quedó con su piruja, aunque ya no le hacía más el amor, pero, eso sí, se iba con otras, y tú le dijiste al Father O'Connor que le dijera que si no dejaba la mala vida que se iba ir derechito al infierno. El pobre Sonny se volvía loco. Antes de volverse loco quiso juntar la lana para no irse al infierno, y yo le dije: “no, que no hay infierno, que si hay infierno es el Señor Obispo el que se irá derechito con todo y su cochino y pinche dinero”.

— *Liar, you are a liar. That money went to the Pope.*

— ....

Oreste Lizárraga se paró enfrente de Su Excelencia. Lo estuvo mirando por un rato. Lo agarró por los brazos, lo puso de pie y, con las dos manos y un fuerte jalón, le rasgó la sotana rojopúrpura. Se la sacó y la tiró al fuego. Se desprendió una llama rojovioleta que fue creciendo y creciendo, iluminando las caras de sus compañeros que mostraban una transfiguración límpida y bautismal. El viento, que procedía del río, se encaramó por la loma y, extendiéndose, se filtró por los corredores que daban a la cueva. Se oyó una voz punzante y secular: “Ay... de mis hijos. Esta llama roja y granate quema y purifica. Es un infierno sacrosanto que poseemos los espíritus del bien, aquellos que fuimos torturados en vida por los que se creían buenos. No esperen a que se mueran, tráiganlos en vida, antes de que sea tarde”.

— ¿Oíste, cabrón?

— *Superstition, supers ...*

— ¿Llamas *superstition* a una madre torturada que tú y el que dices ser tu Dios la atormentaron y atormentan con una culpabilidad desnaturalizada? ¿Una madre desnaturalizada? Tú eres el hijo de tu chingada madre.

Todos se pusieron de pie, mientras Oreste Lizárraga cogió por el gaznate a Su Excelencia. Los compañeros le ayudaron. Por los pies y por los brazos lo sostuvieron sobre el fuego. "En el nombre de nuestra atormentada Madre y por medio de este sagrado fuego, nosotros, los Siete Hijos de La Llorona, te ajusticiamos y purificamos a ti y todos cuantos, bajo tu poder, sirvieron tus órdenes y consejos", rezaron todos al unísono.

— *Please, I'm innocent, please.*

— Eres un coyón!

Lo sentaron empeloto, y Oreste Lizárraga le puso un palo en la mano izquierda. Pues sí, me acuerdo muy bien cuando tus muñecos me decían en el seminario que tú eras el Buen Pastor. Y ¿qué pasó con tus ovejas, mi gente, cuando los lobos banqueros, los rancheros, los jueces, los licenciados, los *car dealers*, los *rinches*, los *KKK* y tantos otros mordieron y jodieron a la Raza? ¿En dónde estaba el Buen Pastor? ¡Si el mismo Pastor trasquilaba y se robaba la lana de las ovejas! ¡Si no sólo no las llevaba al pasto, sino que se lo sacaba de la boca!

— *I just followed orders.*

— ¿Quién, lobo dientudo?

— *The Pope asked for it.*

— ¿Es que tú no tenías tanates? ¿O también se los diste al Pope?

"*Remember*", decía el campeón de ajedrez, el Dr. Fisher, "*You are the bishop. The bishop moves sideways, in diagonal. The game moves forwards, but you have to keep an eye crooked. You hide behind everybody else. But when the time comes, without being noticed, you shoot sideways, in a crooked line, as far as you can. Then, you retrieve. Got it?*"

Ya terminado el juicio, lo llevaron inconfeso a uno de los recovecos que había en los corredores de lo que antes había sido una mina. Con las manos atadas y un bastón de palo entre ellas, lo sentaron sobre un pedrusco. Transfiguró su dolor y coraje internos al meditar sobre la tortura y Pasión que sufrió su Maestro, Cristo. Se sintió consolado por haber sido el escogido para seguir sus pasos. No estaba seguro si pudiese con la corona de espinas y con la cruz, y menos con la crucifixión. Lo de Pastor no había sido tan difícil. Pero le asaltaban otros pensamientos y reomrdimietos al mismo tiempo. Había que construir la nueva Catedral, había que sacar y buscar dinero, mucho más dinero. Steinfellow, además de ser amigo, era el banquero y exigía escrupulosamente los pagos completos y a tiempo. Los legisladores querían pasar la ley de impuestos sobre las propiedades o bienes raíces eclesiásticas, y tenía que hablar con urgencia a los senadores Homestead y Espinoza, sus parroquianos predilectos. Pedía a Dios que, antes de que lo llevara, le concediera más tiempo para realizar éstos y otros planes. "*Oh God, who is going to carry out my plans? Give me a little more time. I want to finish them before you take me away*". Y los planes crecían y se multiplicaban. Convencer a los políticos y a los industriales que, si no contribuían con sus riquezas, se irían al infierno. Que la avaricia es un pecado muy feo. "*We also have to establish the Kingdom of God on this Earth*", les diría. El sueño se fue apoderando de Su Excelencia cuando un "ay... de mis hijos" familiar y doliente le electrificó el ensueño.

-*Superstition, superst...*

## SIETE PERROS

*The Archbishop has disappeared.  
His Excellency's disappearance has  
been associated with the dismissal  
of his maid, Ms. Lupita X..., a  
Mexican alien.*

*(The Frontiersman)*

*Eran siete perros policía. Venían olfateando desde lejos. Domeñados por las cadenas de sus dueños, levantaban las patas delanteras y, de las ardientes mandíbulas, les escurría baba rabiosa. Traían el hocico húmedo y, colgando de las jadeantes colas, espinos de cholla. Sobre las colas humeaban cigarros habanos movidos por labios de maestros expertos. Envueltos en cenizas, se desprendían ladridos obscenos. Y... proseguía la precisa cacería.*

## II

### *Lupe Arauco*

Mi madre tenía un jardín de flores. Por la mañana, cuando me iba a la escuela, se quedaba sacando las hierbas y cortando las flores secas. Siempre le tenía dos frescas a la Virgen de Guadalupe. Nunca le pregunté por qué, pero se me hizo que la quería mucho.

A la vuelta de la escuela, Lupe Arauco siempre pasaba por delante de mi casa. Tenía que, pues su casa estaba al final de la calle. Una vez que caminábamos juntos, se paró delante de un rosal. “¿Te gusta?”, le pregunté. “A tu ‘amá le gustan las flores, ¿que no?”, me preguntó. Tenía los ojos muy negros la Lupe. Noté que le brillaban mucho. Se me figuraban unas canicas negras con que jugaba yo y que mi madre me había comprado en el T G & Y. Me fijé otra vez. Y sí, se parecían a mis canicas después de que las frotaba contra el bolsillo izquierdo de la chamarra. Brillaban de tan negros que eran.

Lupe Arauco se fue hacia su casa. Le caía el pelo hasta la cintura. Era muy negro y muy lacio. Ella era de mi tamaño. Iba caminando y se hacía más pequeña. Al llegar al final de la calle se volteó y me saludó con la mano. Era cierto que tenía los ojos muy negros y muy brillantes la Lupe.

Al día siguiente, cuando iba a la escuela, corté una flor del jardín de mi madre. La metí en una bolsa de papel para lonche. Al llegar a la escuela, le di la bolsa. Todos los chamacos se creían que la Lupe ese día no iría a comer su lonche en la cafetería. Al volver de la escuela, junto al callejón, me dio un beso en la mejilla. Me di cuenta que a la Lupe le gustaban las flores. Me dijo que la maestra le decía “*you look like an Aztec Princess*”. Yo nunca supe lo que quería decir eso. Pero supe que ella me quería.

## LA MAESTRA

Eran las diez de la mañana de un caluroso día de verano. Hacía tiempo que no había llovido y cualquier viento que soplara en el desierto filtraba el polvo por las rendijas de las ventanas. Ms. Lilly Fairchild estaba limpiando los muebles de la alcoba cuando sonó el teléfono.

— *Hello*

— *Ms. Fairchild?*

— *Speaking.*

— *I am Lupe Arauco and I would like to visit with you concerning my child.*

— *Okay. Come over.*

Lupe Arauco, a los veintiocho años estaba haciendo sus estudios de doctorado en el Colegio de Educación en una de las universidades estatales. Al igual que Ms. Fairchild, estaba divorciada. Tenía un hijo, el “Little Louis”, Luisito. Ms. Fairchild había sido su maestra años atrás. El viejo Datsun de Lupe Arauco se puso en marcha y se paró enfrente de los apartamentos en donde vivía Ms. Fairchild. Localizó el no. 7 y llamó a la puerta.

— *Come in, please.*

— *I don't want you to go to any trouble on my account. So, why don't we just go to a nearby coffee shop and chat for a while.*

— *Sounds fine to me.*

— *Let's go, then.*

Por el camino iban hablando de sus actividades veraniegas, que se reducían, sobre todo, a sus cursos de verano en la universidad. Tan interesada tenía Lupe a Ms. Fairchild que ésta ni cuenta se dio que ya se hallaban en las afueras de la ciudad. Lupe Arauco se paró en una calle solitaria en las afueras del barrio Las Milpitas, en donde estaba un *Chevy Stationwagon* esperándolas.

— *Ms. Fairchild, we have to step out.*

— *What happened?*

— *They are waiting for us.*



— *What is going on?....*

Le ofrecieron el asiento de adelante, al lado del chófer Antonio Noriega. Detrás iban las tres Hijas de La Llorona. Algo sospechó Ms. Fairchild, y ese algo la volvió pensativa. Durante el viaje se intercambiaron muy pocas palabras. El mutismo general la fue afianzando cada vez más en su sospecha. Se le amontonaron en la mente muchas interrogaciones e hizo repaso de lo que quedaba atrás: Sus dos hijos que habían ido por un mes a veranear con su hermana y primitos cerca del mar; su apartamento, sus clases de metodología pedagógica, en especial la de *Testing Children's I.Q.*, con el Dr. Dawning y también se le vino a la mente su ex-esposo. Lo único que rompió la pesada monotonía fue una parada que hicieron para echar gasolina. Ella se disculpó porque quería ir al excusado. Lupe Arauco la acompañó. Volvieron y continuaron el viaje.

Llegaron a la cueva al atardecer. Aquel día había sido de mucho calor y se anunciaba un cambio atmosférico. Varias nubes de gris oscuro y pesadas asomaron su penacho por detrás de la loma. Una sombra larga y puntiaguda, proyectada por una montaña del otro lado, caía sobre el río, otorgándole un aspecto sospechoso a un profundo remanso ladero de la loma. Cuando estaban a punto de meterse por la boca de la cueva, Ms. Fairchild se sintió extremadamente abrumada.

Con los pies en falso, y recogiendo los hombros, caminaba aterrorizada. No se dejó esperar la premonición. Algún murciélago obscenamente patiabierta y agarrapatado a las paredes de los oscuros pasillos. Alguna telaraña derruida y colgante, como cortinajos de viejas desdentadas, y un corredor, largo y penumbroso, como garganta de dragón en invernación, la recibieron al fin del trayecto. Brevemente se acordó de las cuevas de Carlsbad, de los libros de rudimentaria geología para niños de primaria, y, sobre todo, de las películas de miedo.

Antes de entrar en la sala tribunaria, pasaron por otra pequeña en donde habían depositado a Su Excelencia, el Arzobispo John McNamara. A simple vista, empeloto y cabizbajo, sería difícil poder reconocerlo. Se lo presentaron.

— *Your Excellency...! But... what are you doing here..., like that?*

— *My child, everything in this world has an explanation.*

Ms. Fairchild se quedó petrificada. Pero Lupe Arauco la sacó de su estupefacción tirándole del brazo y orientándola hacia la sala de su destino final. Allí estaban los cuatro Hijos de La Llorona, que no la habían acompañado en el viaje, sentados junto a un fuego mortecino. Trató de descifrar el nuevo ambiente, pero la oscuridad no le permitió más que notar un montón de leña arrinconada en una de las esquinas, unas piedras grandes alrededor del fuego que servían de sillas y unos dibujos, estilo graffiti, en las paredes. Le ofrecieron asiento, y se sentó. Lupe Arauco comenzó.

— *Let's not waste time, Ms. Fairchild. We don't have here what you might call protocol. The reason for you to be here is that you have been chosen as one of seven who have to*

account for misdeeds in society. We are *Los Siete Hijos de La Llorona*. We are the judges, the jury, the law enforcement, or, in one word, the Law. What is your profession, Ms. Fairchild?

— I... am a teacher.

— High School?

— No. Elementary School. Third grade.

— Are you in a Bilingual Program?

— Yes, I am.

— Then, let's shift to Spanish.

— But, I don't... I am not fluent. Besides, I learnt Castilian.

— Castilian or not, let's try Spanish, the language of the Southwest. Did you have un niño llamado Luisito?

— No that I can remember.

— Quizás lo hayas conocido by the name of Little Louie Arauco.

— Oh, yes, Little Louie. But that was some years back!

— Right. Bueno, pues ese es mi hijo.

— Is he your son?

— Sí, es mi hijo.

— I'm... glad to meet you.

— Déjate de babosadas. Hablemos de uno o dos talles. ¿Te acuerdas cuando un día levantó la mano y te dijo 'Teacher, teacher, I want to go to la casita?'

— Not really. But it could have happened.

— Trata de acordarte...

— Well... yes. I think I recall now

— *Do you know what casita means en español?*

— *Little house.*

— *Y en chicano, ¿sabes lo que quiere decir?*

— *I don't know chicano.*

— *Of course, qué estúpida soy. Tú estudiaste Castillian. No sabes Spanish, y menos Chicano. Well, casita means toilet in English.*

— *Oh, yah, I remember now.*

— *¿Y te acuerdas de lo que pasó cuando tú le dijiste que se esperara hasta las tres de la tarde, que ya sabías tú que todos los chicanos teníamos *little houses*, porque somos pobres? ¿Que tenía que esperarse "to go home" hasta que salieran todos de la escuela? Bueno, ¿y qué pasó cuando no lo dejaste ir a la *casita*?*

— *I... don't remember.*

— *Try hard, Ms. Fairchild, try hard.*

— *I... don't remember.*

— *Well, let me recall it for you. He shit on his pants. Se cagó, Ms. Fairchild.*

— *Well, yes, I remember now. But... that happened to some other children too.*

— *Of course! Un error puede ser un delito y no hacer a una persona criminal per se. Pero una serie de delitos, sí. That is what we are talking about, y por eso mismo estás aquí.*

— *Oh...!*

— *¿Te acuerdas que le dijiste en presencia de todos que fuera al excusado y se lavara bien para que no apestara la clase?*

— *Well, yes!*

— *Y te acuerdas si volvió o no a la clase?*

— *I don't really remember. He wasn't the only one.*

— *I know. Pero para refrescarte la memoria te diré que se fue a casa con el pantaloncito cagado, agarrándose las nalguitas para que nadie lo viera. Yo estaba entonces trabajando y él se fue a la back yard y, con agua fría de la manguera, se lavó solito y se sentó en el zacate hasta que yo llegué. Lo encontré llorando, y el perrito, "El Che", estaba a su lado lamiéndolo. "Ms. Fairchild", grité, "es peor que una perra, worse than a bitch!"*

-I didn't know. I swear, I ...

Ms. Lilly Fairchild comenzó a temblar, mezcla de miedo y de culpabilidad. Se llevó las manos a la cara, extendió los dedos y enseñó las uñas pintadas de rojo sanguíneo. Lentamente se las metió por el pelo, como garfios rojos e incandescentes, dejándolo caer por delante de una faz de alma embrujada.

— Ms. Fairchild, ¿sabes lo que pasó después?

— ....

— Durante dos semanas no quiso volver a la escuela. Lloraba y temblaba. Tuve que quedarme en casa y perder el trabajo. El Director de la escuela me envió tres notas. En la tercera me recordó que, "by law", tenía que enviar a mi hijo a la escuela. Lo forcé. Mi hijo *was a sure dropout*. ¿Sabes en dónde está ahorita, a la edad de catorce años?

— No

— En la Correccional, Ms. Fairchild, en la Penitenciaría, en la cárcel.

— I'm sorry...!

Ms. Fairchild desprendió los dedos engarfiados del pelo alborotado y se lo peinó hacia atrás. Tenía una cara compungida y pálida. En sus dos ojos húmedos se reflejaban llamas temblorosas y ardientes. Buscaba piedad, pero Lupe Arauco, todavía con el recuerdo punzante y vívido, volvió al ataque.

— Ms. Fairchild, do you know Mrs. Betty Fairhead?

— Yes. She is my mother.

— Well, ella fue mi maestra en el octavo grado.

— Really?

— Yes. Y ¿sabes qué recuerdo tengo de ella?

— No, I don't.

— Well, te voy a contar una experiencia nomás. En el octavo, she almost flunked me. A insistencias de mi madre, mi padre le preguntó la razón, pues no podían comprender ellos que yo, siendo buena estudiante, recibiera una nota tan mala. ¿Sabes qué explicación le dio tu madre?

— I don't.

— Que yo no podía “formulate concepts in English”. You know, Ms. Fairchild, yo aprendí muy bien el inglés. De niña jugaba con algunos gringuitos. Veía todos los cartoons en la TV, y en la escuela siempre estudié mucho. Además, mis padres me hablaban en español y me llevaron a México varias veces. Fui siempre bilingüe. Before Christmas los niños teníamos que hablar en clase sobre esas fiestas. A mí me preguntó sobre los Christmas de México. Yo no quise hablar y le dije “I don't know, Ms. Fairchild”. Ella se creía, como en otras ocasiones, que era porque no podía “formulate concepts in English”. La mera verdad era porque, al salir al recreo, los otros niños me decían "you smart Mexican", que si “taco vender”, que si “burro eater”, que si “bean farter”. No podía hablar en clase, Ms. Fairchild, y tu madre se creía que yo era una retardada mental.

— Oh!

— Yo no sabía, pero sospechaba que tu madre estaba convencida de que yo, y los otros chicanitos, éramos diferentes, porque varias veces le oía decir a otras maestras que "they can not perform at the same level". You know what, Ms. Fairchild?

— What.

— I believe now que tú y tu madre son unas racist bitches.

— No, don't say that. For goodness sake, don't say that.

— Yes, puercas, perras racistas.

Lupe Arauco la cogió de la greña y le levantó la cara que la había bajado y ocultado detrás de sus dedos esmaltados de rojo. Hizo que la mirara de frente, clavó sus ojos de hiena y, con un dolor y rabia de años, le gritó: “yes, racist pigs”, mientras le escupió en la pálida cara.

Lupe Arauco respiró fuerte. Dio varias vueltas al círculo de compañeros que estaban con la cabeza baja sentados alrededor del fuego. Quería recobrar la calma para continuar el interrogatorio. En un momento dado se quedó mirando a las llamas de hito en hito. Después de un rato, se dio la vuelta y, serenamente, le dirigió la mirada a Ms. Fairchild. Esta se fijó en los ojos de Lupe Arauco. Descubrió, en la penumbra, unas pupilas destellantes, fosforescentes y prístinas. El reflejo le permitió verse, adentrarse en las capas superpuestas de años olvidados.

— ¿Cuántos años tienes, Ms. Fairchild?

— Thirty five.

— Y ¿cuántos de maestra?

— Thirteen.

— Eso quiere decir que a veinte y cinco por clase en cinco clases diarias son ciento veinticinco por año, que, multiplicados por trece años, son mil seiscientos niños. Y, si admitimos que la población chicana en tu distrito o escuela es de dos terceras partes, two thirds, llegamos a la conclusión, Ms. Fairchild, de que tuviste alrededor de mil chicanitos en tus trece años. Y si aceptamos, como nos muestran las estadísticas, que existe un porcentaje hasta del cincuenta por ciento que se salen de dropouts, eso muestra que, a ojo pelón, de tus mil chicanitos se salieron la mitad, es decir, quinientos. Y si extendemos este mismo porcentaje a cien maestras más, como tú, eso quiere decir que cincuenta mil chicanitos, en trece años, han dejado la escuela, they dropped out. Now, what do you have to say?

— First of all, I don't think those figures are correct. And then, there are many causes involved in that process, some internal and some external.

— Correcto. Pero siempre hay una causa, *one*, que desencadena una serie de ellas que llevan al trágico final. Esa es la causa primera, la original. De ordinario es externa. Take for example mi hijo Luisito, el Little Louie....

Lupe Arauco se detuvo un rato. Sentía punzadas en la sien. Como una película muda le iban cruzando las escenas. La mano inocente pidiendo permiso para ir a *la casita*. La carita ardiéndole de vergüenza por haberse zurrado en la clase. La confusión y decisión final de irse para la casa, solito, con las manos en las nalguitas, mirando a todas partes para que no lo vieran, con el miedo de que alguna mujer o niño le vieran sus pantaloncitos sucios. En la yarda de atrás, con la manguera lavándose las nalguitas, y el perro lamiéndole y consolándolo. Solito. ¡Ay... de m'hijito! Y ahora..., a la edad de catorce años, en la Correccional. Preso. “Ay... de m' hijo!”

— Who is guilty, Ms. Fairchild? ¿Quién tiene la culpa?

— I don't know! The school, society... I don't know. Please... don't be cruel to me!

— ¿Quién es culpable, Ms. Fairchild, quién es culpable?

— All of us, I guess.

— ¿Quién fue culpable de que mi hijito se cagara en your classroom? Society?

— Please, please, don't do that to me ...!

— Contesta, puta, ¡quién!

— I, me... I'm sorry.

— Eres una cochina, a subhuman being, Mr. Fairchild. A non-entity, una pinche nada.

Ms. Fairchild se echó las manos a la cara y, con las uñas puntiagudas, dejó marcados ocho surcos rojos que fueron pronto fertilizados por arroyos salados que le procedían de la entraña de años olvidados. Los estratos del olvido, duros y pétreos, se fueron ablandando como chicharrones en vinagre. La descarga emocional la dejó adormecida por unos instantes. Lupe Arauco se paseó otra vez alrededor de sus compañeros y del fuego. Se sentó un rato y se acordó de La Llorona... Sus hijos inocentes... la acusación gratuita, su culpabilidad no fundada.... En un momento de sentimiento maternal la invocó: "Madre, no pudiste defenderte en vida y la historia te ha culpado. Tú, que sufriste por tantos siglos, ayúdame a rescatar tu inocencia y a transferir la culpabilidad". Había transcurrido una media hora bajo un manto de silencio penumbroso. Se levantó muy lentamente. Las llamas proyectaban su gigantesca silueta contra las paredes. Se acercó hacia Ms. Fairchild. Transfigurada ésta, se abrió a los dardos.

— Ms. Fairchild, tú sabes que yo estoy terminando mi Ed.D. en psicología de la educación. Estoy desarrollando una teoría, basada en datos clínicos, por la cual demostraré que el complejo de superioridad de la Raza Blanca surge de un complejo de inseguridad radical y que se lleva a cabo a través de una transferencia y sublimación del subconsciente individual con raíces colectivas.

— I didn't know that!

— Dentro de poco, muchos estudiantes pasarán por mis clases y estas manos que tú ves aquí, estas manos mías, moldearán cerebros jóvenes y, como una artista, les daré la forma que yo juzgue oportuna. Podré ser algo así como una diosa.

— That is a tremendous responsibility of yours.

— Y ¿qué crees que puedan hacer estas manos cuando el cerebro de tus propios hijos sean moldeados por ellas?

— Oh, God, no! Please, God, no!

— Y cuando les diga lo que tu hiciste con mi hijito.

— Oh, God, forgive me! Please, God ...

— Once again, Ms. Fairchild, you are missing the target. Le estás tirando a un erróneo blanco.

— Oh, God... !

— Cálmate y contéstanos a una pregunta. ¿En dónde está Mrs. Fairhead, tu madre y antigua maestra mía?

— Oh, God. She is in a sanatorium.

— ¿Quieres decir in a Crazy House, en un manicomio, en una casa de locos?

— Yes!

— ¿Por qué?

— I don't know.

— Try.

— Because she had several nerveous breakdowns.

— ¿Por qué?

— I don't know. Her psychiatrist never told us.

— ¿Por qué?

— May be because he didn't want to upset us.

— Could it be because he didn't know? You see, Ms. Fairchild, cuando a dos seres los pare la misma madre no pueden analizarse a sí mismos. Es el caso de tu madre y del psiquiatra. El no pudo saber las razones y las causas de la locura de tu madre porque, de alguna forma, él padecía de la misma enfermedad. Por naturaleza. Los dos tienen el mismo complejo de superioridad basado en una inseguridad radical y mutua. Un ciego no puede llevar de la mano a otro ciego.

— I can see that.

— El mal de tu madre viene de muy atrás. Colectivamente, de las actividades de los individuos de su sociedad. Individualmente, desde cuando comenzó a ponerlos en práctica en los chicanitos de su escuela, entre ellos yo. Cuando se hace algo que está mal, algo erróneo, surge el complejo de culpabilidad. Y cuando esta culpabilidad se transfiere, como en el caso del bajo I.Q. y de inferioridad de razas, entonces el yo transferente queda nadando en el vacío, porque perdió la base real. Esta base real, aunque sea mala, es necesaria. La mejor manera es aceptarla con la aceptación lógica de la consecuencia: el castigo. El castigo es una medicina saludable que restablece el balance, la normalidad de la psique. Tu madre no aceptó ni la culpabilidad ni el consiguiente castigo. Ahora flota en el vacío. Está loca, pues, she is crazy.

— No, please!

— Y la sociedad, que produjo al monstruo de tu madre, is crazy.

— Please, don't!



— Y tú estás crazy, crazy, crazy.

— Please..., don't! Don't do that to me!

— Por eso nuestra Madre, La Llorona, anda llorando siempre. Porque la han acusado de algo que no ha hecho. La han cargado con una culpabilidad que no es suya, que es de otros, de la sociedad, de tu madre y tuya. Una vez que tú y tu madre recobren la culpabilidad que les corresponde a ustedes, La Llorona se verá libre y ustedes con lo que justamente les pertenece. Mientras tanto ustedes, como nuestra madre La Llorona, por razones diferentes, están desencajadas, y andarán llorando como locas.

— “Where are my children, all my children...!” I want them back. All of them. Oh my God, give them back to me!”

Ms. Fairchild cayó postrada de rodillas. Como una posesa, se tiraba de su rubia cabellera alborotada. Inclino la cabeza torturada, se llevó los brazos a los punzantes oídos y, con las extremidades de su melena, barrió el suelo. Al poco rato se dejó vencer y, desplomada, se tendió sobre el piso terregoso. Cayó en un sopor profundo y quedó inmovilizada. Los recuerdos y las voces lejanas se dejaron sentir, al principio levemente y, después, con insistencia. Un cosquilleo de rumores confusos apareció en la distancia. Como hormigas disciplinadas se fueron acercando. El orden fue cediendo a un tumulto de piojos, de garrapatas y de arañas. Buscaban alimento, sudor y tibia sangre. Con el manto de la noche del inconsciente se agigantaban en su marcha. Ruidos de insectos de patas que crujían en su caótico desfile de conquista de terrenos y de vida ajena que reclamaba como suya por haber sido vomitada con el paso del tiempo. Rodearon la tierra, la esfera, la cabeza. Se metían por las narices, por la boca, por los ojos, por las orejas. Haciéndose volátiles, se filtraban más adentro. Encontraban su albergue en las regiones del subconsciente y del cerebro. Unas como voces de niño se sobrepusieron. Lejanas, agudas y punzantes rompían la distancia del tiempo. Se acercaron en su gorjeo de golondrinas, cenizales y jilgueros. Acortaban la distancia y aparecían las ureas, los zopilotes y los murciélagos. Aleteaban por doquiera, y ángeles, con cuernos de carnero, topeteaban las regiones del cerebelo. De las gargantas lejanas de los niños en desarreo, salían sentencias de vocablos groseros. “Bitch, puerca, whore, pinche vieja”. Eran aves de rapiña que volvían sobre su vencido dueño.

Las palabras del Dr. Fisher se cernieron sobre el recuerdo: "You are the Queen. The Queen is the most important piece in the game. She is everywhere. She is the brain and she controls everybody's brain. If she fails, the rest of the pieces fail. She is like a mother, like a teacher, like a queen. She is the soul. She can kill easily. If she kills, there is little chance. But if she is killed, it is all over. Don't forget, Ms. Fairchild: you are the Queen".

Cubierta por la gasa de la noche, se oyó una voz plañidera que subía por la región de la ladera y se filtraba por las paredes de la cueva. Se alzaba del frío lecho del río. Ms. Fairchild, con los ojos caídos, la contempló por largo tiempo. Centurias habían pasado.

Y, en la brevedad del tiempo, se reconocieron. Hijos maltratados, hijos perdidos, hijos robados, hijos heridos, hijos ahogados. “Ay... de mis hijos”.

Lupe Arauco, despojándose de su largo chal negro, lo extendió sobre el cuerpo de Ms. Fairchild, yerto. Sobre las puntas de los pies tomó asiento junto al fuego. Un hálito se escuchó: “All my children...!” Y la noche se ciñó sobre todos los cerebros.

## SIETE ESTRELLAS

Ms. Fairchild, "Teacher of the Year," was last seen at her apartment. Strange disappearance, since she was beloved by everybody. Doctors issued a bulletin. They fear her delicate health will worsen.

*(The Chronicle)*

*Brillaban las estrellas. Por los cuadriláteros del condado corría el cometa. La estrella Polar, en el firmamento, guiaba segura el Camino Manifiesto. De Este a Oeste marcaba el diseño geométrico. En la oscuridad, abrazando a una cadena de incautas doncellas, lucía brillante Venus, tatuada en el brazo izquierdo. Cosida en el bícep derecho, chorreaban sangre los cinco afilados picos de la estrella Marte. Y..., en el frontispicio, sumada ya a la bandera, futurísticamente implantada, destellaba la solitaria estrella en el sombrero.*

### III

#### *Linda Ortega*

No nomás éramos chicanos los de la Washington Elementary. También había muchos bolillos. Pero éramos nomás unos cuantos muy buenos camaradas. Linda Ortega era muy buena chamaca. Y también era muy chula. Tenía unos cachetes que le brillaban mucho y unos labios muy “sexy”. Algunos chamacos hasta le ofrecían una peseta para que les diera un beso con aquellos labios tan sexy. A mí también me gustaban, para qué negarlo. Yo nunca le ofrecí ninguna peseta, aunque ganas no me faltaban, no por la peseta, que nunca la tenía, sino por los labios. Pero la Linda era muy buena camarada. A veces daba algunos besos y no cobraba la peseta.

En veces se juntaba con nosotros para jugar a las canicas. En el *basketball court*, y con una tiza, marcábamos unas líneas. Inventábamos un juego y comenzábamos a darnos en la madre. La Linda lanzaba su canica con el dedo de la mano izquierda. Aunque no la aventaba con tanta fuerza como el Oscar o el Ramón o yo, tenía mejor puntería. Su canica parecía que tenía imán. La llamábamos “*la superglue*”. Nunca nos dijo en donde la encontró, pero era verde con pinguitos rojos y bien chaineada. Nos dolía que nos ganara. Unas veces le decíamos que la tenía embrujada, otras que era la mano la que tenía embrujada. Ella nomás nos decía: “Es que ustedes se creen muy machos y les da vergüenza que una chamaca les dé en la madre”. Nos reíamos porque le decíamos que se le ponían los cachetes colorados. Pero la verdad es que me fijé que eran los cachetes del Oscar los que estaban colorados. Era buena camarada la Linda.

Aquel año, en la procesión de la iglesia de San Antonio, la hizo de Virgen de Guadalupe. Se veía muy chula con vestido largo y el velo blanco. Vestida toda de blanco y con los dientes muy blancos se miraba más prieta la Linda. Muy chula que iba la chavala. Cuando pasó por junto al Oscar y al Ramón, metió la mano en la faltriquera y sacó su canica. Con el sol brillaba más la condenada. Nos la enseñó para que nos diera coraje, se rio y la volvió a meter no sé dónde. Era muy buena camarada la Linda.

Una vez los bolillos, que no eran católicos y no iban a San Antonio aunque lo fueran, se enteraron de que la había hecho de Virgen de Guadalupe. Con su humor bolillo, cuatro o cinco de ellos comenzaron a reírse de ella y a cantar: “*Linda is a virgin, Linda is a virgin, Linda is a virgin*”. A nosotros nos dio mucho coraje, pa’ qué negarlo. Nos echamos sobre ellos y se escaparon riendo los condenados. La Linda sacó su canica y les gritó: “*Come and see if you get me, babosos*”. Desde aquel día juró que ya no sería la Virgen de Guadalupe. Era muy camarada la Linda.

## EL JUEZ

Acababa de salir del tribunal. Al bajar los tres peldaños del mismo, comenzó, como de costumbre, a desabotonarse la negra toga. Al llegar a una antesala contigua, destinada para el caso, no hacía más que dejar resbalar la toga de los hombros y, sin perder tiempo, se encontraba listo para salir a la calle y dejar atrás todos los casos del día y de todos los días que hilvanaban su larga carrera.

Aquel miércoles había sido un día especial. Había doblado con mucho cariño su toga y la había metido cuidadosamente en su viejo *attaché*. No era para menos. Daba la casualidad de que, además de estar cercana su jubilación, se avecinaban sus vacaciones veraniegas en Hawaii. Ese día juzgó su último caso del año.

Douglas “*Your Honor*” Wright contaba ya con sesenta años. Había asistido a dos de las universidades del sureste, famosas en ciencias jurídicas. De joven, los médicos le habían aconsejado que dejara el clima húmedo y que se fuera a un clima seco. Siguió los consejos y se trasladó al suroeste. Pronto notó la mejoría con los aires secos del desierto, y el asma que le afligía fue desapareciendo. A poco de llegar a Aztlán se presentó y pasó sin dificultades los exámenes del Bar. Durante algunos años ejerció la abogacía en cuestiones criminales. Pero pronto ascendió al rango de juez, posición que apetecía, como la mayor parte de sus colegas en jurisprudencia.

Fue aquél el día señalado. Aquel día en que Douglas “*Your Honor*” Wright, después de largos meses de juicios, se disponía a sus vacaciones. Linda Ortega lo sabía y se lo había comunicado a sus compañeros del grupo. Ella lo sabía porque, durante su último año de carrera, había asistido a muchos casos jurídicos en las cortes, como parte de su entrenamiento. De este modo llegó a conocer a otros licenciados y jueces. Además, a Douglas Wright lo había conocido brevemente, años atrás, cuando ella se divorció de Joe Lyons.

Linda Ortega había asistido al último caso juzgado por Douglas “*Your Honor*” Wright. Un caso sencillo en donde un señor, que sufría de un agudo complejo de chivo encanijado, fue exonerado de la obligación de compartir la mitad de su sueldo con su esposa y dos hijos. No era la primera vez que Linda Ortega quedaba estupefacta ante las pruebas irrefutables de la ciencia psiquiátrica.

Bajo un sol radiante, *El Dorado* último modelo de Douglas Wright serpenteó las calles del centro y se fugó hacia un suburbio del norte. El sol de la tarde proyectaba una larga sombra hacia el este al chocar por el oeste contra la *Sunrise Hills*. La reverberación de las rocas desérticas comenzaba a amainar y una leve brisa del norte acariciaba a los desnudos cactus y sahuaros. Horas más tarde, un sudario oscuro se cirnió sobre la ladera de la montaña.

Ya había hecho sus últimos preparativos Douglas “*Your Honor*” Wright cuando lo distrajo la musiquita del timbre de la casa. Encendió la luz y abrió el portalón de ébano.

A duras penas pudo distinguir una cara un tanto familiar. Linda Ortega, con la mano en el bolso, se limitó a decirle: “Vámonos. *Let's go*”. Douglas Wright se fijó en el bolso y entendió el mensaje. Otra pesadilla se le vino a engarzar a la gran cadena formada por su vida judicial. En el asiento delantero, y al lado del chofer Antonio Noriega, se sentó Douglas “*Your Honor*” Wright. El *Chevy stationwagon* fue tragado por la noche veraniega sin luna.

En las primeras horas de la mañana llegaron a la casucha destartada cercana a la cueva. Una *flashlight* les iba señalando una vereda de hojas secas que crujían bajo las suelas silenciosas de los caminantes. Costeando el río, al juez Douglas Wright le asaltó un fuerte presentimiento. Las aguas se mostraban serenas y negras. Todo estaba en calma. El silencio se hacía elocuente. A corta distancia, y chocando con los rayos mortecinos de la *flashlight*, se vislumbraba una gasa oscura y transparente que se confundía con el río. Al juez Douglas Wright se le dilataron las pupilas. No sabía si había visto u oído algo. Lo cierto es que se detuvo. Pero Linda Ortega, que lo seguía, lo puso otra vez en marcha al empujarlo con lo que parecía ser un duro dedo índice.

Después de haber pasado por los corredores, en los cuales su excelencia el juez creía haber distinguido dos siluetas humanas, llegaron al interior de la cueva en donde se hallaban los otros compañeros sentados alrededor del fuego. Sin más ceremonias, Linda Ortega le señaló el asiento de piedra. Douglas “*Your Honor*” Wright ajustó repetidamente sus nalgas delicadas y lomudas que tantas veces habían sido acariciadas por sillones esponjosos y acolchonados en las salas acondicionadas de la jurisprudencia. Aunque sentado en el único lugar preeminente de la cueva, se sabía reo. Delante de él, los Hijos de La Llorona componían el jurado. Linda Ortega, la estudiante de derecho, intervendría de Procuradora acusadora. El sólo tendría que valérselas de Defensor.

— Cómo te llamas?

— You can not do that to me!

— ¿Cómo te llamas?

— You can not...

— State your name!

— ... do that to me. I am the Law!

Antonio Noriega, que todavía no había tomado asiento, se dirigió hacia él y lo agarró fuertemente de la cabellera. Después de zarandearlo, le dijo: “*Now, answer the lady!*” A lo que le respondió: “*You can not do that to me, you son-of-a-bitch!*” Antonio Noriega lo volvió a coger de las greñas y lo arrastró por el suelo. El juez no hacía más que patalear como niño encorajinado. Lo sentó de un golpe y le volvió a decir: “*Now, answer the lady*”. “*I do not deal with bastards*”, le contestó, con la espuma que le brotaba por las comisuras de los labios.

Linda Ortega se adelantó y le entregó unas tijeras a Antonio Noriega. Este, cogiéndolo de la punta de los pelos, le cortó el mechón que tenía entre los dedos. El juez se defendió, dándole un puñetazo en el pecho. Uno por uno fueron desfilando los Siete Hijos de La Llorona en un ritual preciso. Oreste Lizárraga le ató el pie derecho. Ramón Oromí, el izquierdo. Nellie López, el brazo derecho. Oscar Ramírez, el izquierdo. Lupe Arauco le echó una reata a la cintura. Antonio Noriega le sujetó el cuello con la corbata, y Linda Ortega lo acribilló por el pelo. "*Now, answer me, ¿cómo te llamas?*" "*I don't answer no bitches*", le contestó con una respiración pesada.

Al rato, apareció la cabeza de Douglas "*Your Honor*" Wright brillando como un melón al resplandor del fuego. Linda Ortega se le acercó y, con un lápiz de labios, le trazó dos rayas rojas en forma de cruz sobre el cráneo rasurado. Marcando con el dedo índice, fue interpretando sucesivamente: "La parte derecha de atrás, la parte del nordeste, corresponde al capitalismo de los países nórdicos. La sección izquierda de atrás, la parte del noroeste, corresponde a la demagogia política. La sección derecha y delantera, la parte del sureste, corresponde al racismo ingénito. Y la parte izquierda y delantera, el suroeste, corresponde a la ley impuesta por el este. Los dos cuartos de la derecha entrañan la tradición, el subconsciente colectivo de un pueblo invasor. Los dos cuartos de la izquierda entrañan el consciente individual, la demagogia impuesta deliberadamente. Todos, apoyándose mutuamente, se conjugan para suprimir al oprimido". La calva cabeza del juez Douglas "*Your Honor*" Wright mostraba un sonrojo acomplejado al verse al desnudo, descubierta ante los testigos acusadores. Las llamas seguían lengüeteando su indecente desnudez.

— Now, Mr. Wright, answer me the same question, ¿cómo te llamas?

— You said it.

— You say it!

— Douglas Wirght.

— Muy bien, Mr. Wright. Ahora algunas preguntas más. ¿Por qué es un acto criminal que un mexicano trabaje para un rancho y no es un crimen que el rancho le dé trabajo a un mexicano?

— Because the Mexican is in this Country illegally.

— Y ¿no debe ser ilegal que un rancho le dé trabajo a un "ilegal", como usted dice?

— No hay ley against it.

— ¿Por qué no?

— Why should it be? El rancho is a citizen.

- La verdadera razón, Mr. Wright, la verdadera razón.
- I've told you.
- ¿No será porque los agrobusinessmen son lobbyists en el Capitolio?
- And...?
- ¿Y le dan mordida a los legisladores y algunos de los legisladores son ellos mismos grandes rancheros?
- Maybe.
- ¿Cómo puedes tú, Mr. Wright, impartir la justicia?
- Applying the written law.
- ¿Y la interpretación de la ley?
- Where there is no law there cannot be an interpretation of it, you know.
- Entonces, ¿por qué y para qué tenemos a la Corte Suprema?
- To see if certain laws and practices are constitutional or not.
- Can the double standard be constitutional, Mr. Wright?
- I don't know what you are talking about....

Antonio Noriega, que estaba junto al fuego formando círculo con sus compañeros, se levantó y firmemente le descargó una bofetada. "Don't forget that you are before a duly constituted, committed and sacred tribunal, Mr. Wright", le dijo. Las células cerebrales del juez reventaron como fuegos de artificio en una noche de verano. Como grillos diabólicos punzaban en sus oídos los violines sinfónicos de Mendelsohn, y los timbales wagnerianos aturdían las antesalas de su cráneo grisáceo. Perdió el equilibrio del presente y cayó en un estupor anacrónico.

El conjunto mayfloweriano venía muy hacendoso. Había puesto pie en tierra firme. Los nativos, en taparrabos, formaban un círculo. En el centro, como llamas de fuego, lengüeteaba un hombre con levita y sombrero de ala ancha. Con un libro en la mano izquierda y el índice derecho apuntando a la página desnuda, leía transfigurado: "This is the Book of good news you never heard of before. You are to believe in it. It will sound like Greek to you, but this is the Truth". El resto del compacto grupo, que ya había puesto pie en tierra firme, asintió con un unísono "Amén". Uno, que se asemejaba a un *Hobo Joe* marinero, de barba trimestral y atatilicheros, sacó su *fiddle* y rasgó en sus cuerdas un



sonsonete medio plymouthiano y medio nashvilliano. Una mujer, con sombrero cuáquero y falda suriana, ensayó un ritmo roquenrolero. Una bujía iluminó al grupo circular y una voz edisoniana pronunció: “*Let there be light*”. El mensaje sagrado y manifiesto se cumplió. Al concluir su programación la estación fronteriza, Oreste Lizárraga apagó su transistor. El mortecino fuego seguía ardiendo.

— Mr. Wright, ¿por qué condenaste a Chito Pérez a prisión?

— Because he killed his estranged wife.

— Y ¿por qué la mató?

— That is immaterial. He killed her. That's all.

— ¿Quién le concedió el divorcio a su esposa, Betty Walker?

— I did.

— Pero él no quería.

— Mental cruelty.

— ¿Cómo?

— He used to get drunk. Borracho, you know?

— ¿Por qué?

— I don't know.

— Porque ella andaba de piruja, ¿que no?

— I don't know.

— Y, ¿por qué le diste a ella su hijo, Chito Jr.?

— Because that is the way it is.

— Y, mientras tanto, él se volvía loco.

— That is immaterial to the case.

— Y su hijo llorando por su padre.

— That is immaterial to the case.

- ¿Por qué, bajo orden de la corte, le obligaste a pagar tanto dinero?
- Alimony and child support.
- Y él tuvo que robar un juguete para regalarle a su Chito para Christmas.
- He did not need to. The child's mother was a good provider.
- ....
- Mr. Judge, ¿por qué sentenciaste a muerte a Chito Pérez?
- Because he killed his estranged wife, I've told you.
- Tú sabías, Mr. judge, que él estaba loco.
- His lawyer never brought it up.
- Tú sabías, Mr. judge, que ella pirujeaba con el hijo de tu amigo de escuela, Mr. Homestead, el que tocaba la trompeta en la banda.
- The records didn't show that.
- Tú sabías que el Mr. Homestead himself usó la casa de Chito para hacerle el amor a Betty Walker.
- His lawyer never mentioned it.
- Tú sabías que Chito Pérez era mi cousin.
- Well..., no. His lawyer..., the Court..., the Records... I don't know anything.
- You knew everything. And I know everything, including the fact that you made love to her, so she would obtain the....
- ¡Cállate!
- Tú sabes, Mr. Judge, que tú eres un degenerado, un hijo de puta, un puto.
- Shut up, you bitch! Shut up!

Antonio Noriega, que ya se había puesto de pie, le lanzó una patada al estómago. Mr. Douglas Wright sintió un dolor tan agudo que lo dobló e hizo que la cabeza tocara el perfil de las rodillas. El dolor se le fue escurriendo hasta la pelvis, convirtiéndose en un olor cabruno que le invadió las fosas nasales. Las llamas mortecinas reverberaban sobre

el cráneo rapado mostrando el cuarto trasero que apuntaba al nordeste. Bajo el caparazón de hueso, las células comenzaron a moverse en un juego extraño, pero matemático.

Su amigo de escuela, Teddy Homestead, le estaba enseñando furiosamente a jugar al ajedrez, juego que le había enseñado el Dr. Fisher. "This is like in Society, man. You move one piece and the rest has to be readjusted. There is an internal law to it. There is logic, an organized logic. You have to know it if you want to make it. It is like a war. The brains are behind it. You have to hide them and protect them...."

— Mr. Judge, ¿por qué el cuarenta por ciento de los pintos en la Prisión Estatal son Raza?

— You tell me.

— Usted es el reo.

— Because they are criminals.

— ¿Contra qué leyes?

— Against the laws of Society.

— ¿Quién escribió esas leyes, Mr. judge?

— Well..., the Legislators... who else?

— ¿Como los agro businessmen y los lobbyists?

— The Legislators, I've told you.

— ¿Como Chito Pérez?

— He was a pusher...

— ... Hired by your friends Senators Homestead and Al Espinoza.

— My friend... Senator Homestead is an honest legislator.

"You see, Doug, the Rook, you, has to be protected by the pawns. The Rook has to hide behind them. If you expose the Rook, then the whole hell brakes loose. You find yourself in the open, you kill or you let yourself be killed. Very simple".

Años después, ya estudiante de leyes, Douglas Wright fue a visitar a su amigo y compañero Theodore Homestead. Como siempre, hablaban tendidamente. Esta vez la conversación caía sobre el Código Penal y, en particular, sobre la pena de muerte. "In a civilized society, and for civilized people, the capital punishment should be abolished",

comentaba Teddy Homestead. Una niña, de trenzas de oro, cruzaba con su gatito de angora en sus brazos. "Killing is an horrendous act. Look at them, how happy they are together. If you kill the cat, you kill the girl. Very simple. That is why life should be protected. Killing establishes a chain reaction. It is like a war, like a chess game, once started it has to be finished".

— Mr. Wright, ¿por qué la City Water Dam Co. mató a tanta Raza con la inundación?

— That is a serious charge you are making.

— Es la verdad.

— They were not killed. They died.

— Curiosa distinción, Mr. Judge, ¿que no?

— They built their homes by the river bed. They should know better.

— Usted lo ha dicho: "junto al río", pero no en el río.

— But they should know that the river overflows. That is the law of Nature.

— Causada por el descuido y la malicia humana de unos pocos.

— Call it what you want, but the Court didn't think so.

— ¿Por qué, Mr. Wright, por qué?

— I told you already, because of natural causes, God and Nature, you know.

— Llama usted "God & Nature" al Monopolio del City Water Dam Co., a los intereses creados de otras compañías y a las acciones de algunos potentados, incluyendo algunos senadores y jueces, como usted?

— You are mischievous!

— Di la verdad.

— I don't have to answer you!

— ¡Di la verdad!

— I have some, very few stocks.

— Y ¿no te causa remordimiento que tanta gente pobre se quede sin casa?

— Natural causes, I've told you.

— Y, en tus sueños, in your dreams, ¿no ves cuerpitos de niños flotar por las aguas del río, y sangre de mujeres, como la de mi tía Fina, teñir las aguas putrefactas de tus Dams.

— Shut up!

— ¡Usted, Mr. Judge, es un asesino! A murderer, a killer!

“Ay... de mis hijos!” Mr. Douglas Wright creyó haber escuchado algo. Quiso taparse los oídos, pero tenía las manos esposadas. Le pareció el eco de la voz de Linda Ortega que todavía resonaba por las paredes y la concavidad de la cueva. Notó Mr. Wright que los miembros del jurado inclinaban la cabeza en recogimiento religioso. “*Superstition*”, musitó una voz lejana. El eco persistía e, instintivamente, trató de nuevo taparse los oídos. Inútil, no pudo. Sacudió la cabeza, como cuando a un caballo o a un burro le pica un moscón. Se quedó atónito al ver que la cabellera, la crin, no respondía. Se dio cuenta que se la habían rapado. “*Sons-of-bitches*”, gritó. El moscón picó con más insistencia hasta que se le prendió de la entreceja. “Ay... de mis hijos! Que se los lleva el río, que se los lleva el City Water Dam Co., que se los lleva la Corte. Que me atormentan de noche, que sus quejidos y lamentos no me dejan dormir. ¿Qué se creen que yo he sido, que yo los he matado, que mis manos chorrean coágulos de sangre, de su sangre”. Los ojos del juez Douglas Wright semejaban dos ventanas abiertas al firmamento de una noche estrellada. Sus córneas parecían dos astros a quienes abandonó la ley de la gravedad. Giraban como canicas en un estuche desvencijado. Dos tomatillos rojos zarandeados por el huracán del miedo. “*She is a liar, she is a liar. Look at her hands, they are bloody. She did it, she was the one. I wasn't!*”. Y el eco persistía, y las canicas giraban. “¡Ay... de mi hijita Garay!”

— Mr. Wright, ¿te acuerdas de Anita Garay?

— She died.

— ¿Cómo?

— Natural causes.

— Así, a lo macho.

— The autopsy didn't reveal any new evidence.

— ¿Por qué?

— Because the Doctors said so.

— ¿No es verdad que a su madre, la Señora Garay, la operaron del corazón?

— So? Other people have open heart surgery.

— ¿No es verdad que Larry Homestead, el hijo del Senador Ted, es un drogadicto?

— You are introducing irrelevant and assumed evidence.

— ¿No es verdad que tú ordenaste *sub poena*, como juez, los documentos policiales y los destruiste?

— You are a damn liar, you bitch!

— Y este pañuelo, con las iniciales del hijo de tu amigo el Senador, que apareció enterrado junto al cuerpiño de Anita Garay ¿de quién crees que es?

— This is news to me... This is a mistake!

— Y la sangre que tiene este pañuelo, ¿no es la sangre de la membrana de Anita?

— Oh my God! Why didn't I... ?

— Con este pañuelo se limpió los tanates, los testículos el hijo de tu amigo el Senador. And he is free! Why, cabrón?

— Oh my God!!!

"You see, Doug, you have at all times to cover the Rook with the pawn in front of it. If the Pawn kills, it has to be sideways, crooked you might say. If that is the case, you are in big trouble, you are exposed. The Rook has to kill or be killed. It can not lay opened for too long". Anita Garay llevaba su gatito en los brazos. Iba camino de la escuela. Un carro, último modelo, que servía para distribuir bolsitas de marihuana, se paró. Un brazo, que parecía picado por el sarampión, atenazó a Anita Garay. El gatito saltó por la ventana abierta del lado del chofer. Anita gritaba: "mi gatito, mi gatito, que se lo come el perro". El gatito pateaba en las fuertes mandíbulas del perro policía. Anita Garay fue tragada por el anónimo desierto.

— ¿Sabes quién era Anita Garay, Mr. Judge?

— I... don't know.

— Era mi mejor amigueta en el sexto grado. My best friend, Mr. Wright!

— I'm sorry!

— ¿Sabes por cuanto tiempo me duraron las pesadillas?

— I don't know.

— ¡Hasta hoy, Mr. Wright!

— I'm sorry!

— Eso no basta, Mr. Judge. Eso es de coyones, de cowards! You have perpetrated many crimes, Mr. Judge, but this one is the worse. In the eyes of this Court you are guilty!

— Whose Court?

— Our Court, Mr. Wright!

— But..., you don't have legal authority!

— ¿Y tú la tienes, Douglas Wright?

— The legal authority has been invested upon me.

— ¿Por quién?

— By Society.

— ¿Qué Sociedad? Whose Society, Mr. Wright?

— Society... The Governor, the Senate, the People.

— Your Society. Tu Sociedad. Los intereses políticos, legales, económicos y racistas de tu putrid Society, que chinga a los pobres y a la Raza.

— I'm the Law.

— Tú eres un pinche cabrón. Toda Sociedad, como toda Religión organizada, necesita de víctimas. Es sadista. Needs scapegoats. That is your case y el caso de tu pinche Society. Your brain, Mr. Judge, is the coagulation of the putrefied sewer of your Society. You are dirt, you are un bonchi de mierda.

Linda Ortega se acercó a Mr. Douglas Wright y, con la punta afilada de sus tijeras, le trazó otra cruz en el cráneo rapado. Dos arroyos perpendiculares de sangre brotaron al mismo tiempo. Los aullidos de los coyotes en las lomas cercanas respondieron al unísono. Los Siete Hijos de La Llorona bajaban ordenadamente por la falda de la colina. Siete veces metieron el cráneo de Mr. Douglas Wright en la madre del río. Su sangre coagulada flotaba a la deriva. El crujido de los huesos, el olor fétido y los ayes se filtraban por sus orificios nasales y sus tímpanos, y se agazapaban en el cerebro como sanguijuelas en carne putrefacta.

Le vendaron los ojos y lo sentaron en una esquina, en un nicho de piedra de los muchos que había en los corredores. El tiempo transcurría y los lamentos, de años pretéritos, subían arañando por la falda de la loma.



## SIETE CAPUCHAS

*Our Law has been desecrated.  
Judge Douglas Wright has been  
kidnapped. It is not the man, but  
the symbol, which concerns us. We  
hope that the Law Enforcement will  
bring back the Law. Untarnished.  
Hoodlums!*

*(The Tribune)*

*Enormes caperucitas blancas resplandecieron entre el fuego de la noche. Noche de estrellas. De Este a Oeste soplaban el viento. Siete hogueras. Palomas blancas chorreaban de sus picos sangre humana. Sangre ajena. Espíritus Santos volando sobre las aguas. Coraje era. Millones de conejos, envueltos en llamas, salían de sus cuevas. Y... las cruces clavadas en sus hueveras. Misterioso designio de turbulentas y putrefactas células. Cerebro robótico de desvencijados nervios. Manifiesto Destino. Divino era. Innumerables cachuchas justicieras flotaban por los campos en cosecha.*

## IV

### *Ramón Oromí*

En la Washington Elementary éramos un bonchi de cuates. Nos gustaba la vacilada. El menos vacilón era Ramón Oromí. A veces se iba solo en el *recess* y no hablaba con nadie. A mí me caía bien así y todo. También jugaba en nuestro *team* del béisbol. Bateaba muy duro el Ramón. Parecía que sus ojos se clavaban con fuerza en las *fast balls*. En las *curve balls*, sus ojos se movían como si los tuviera llenos de coraje. Me caía bien el bato.

Un día que estaba solo me le acerqué. “¿Qué tienes, carnal?”, le pregunté. Me miró con unos ojos muy idos. Me dijo muchas cosas sin mover los labios. Yo sabía que no tenía papá. Después de los juegos de béisbol notaba que me miraba con sus ojos idos cuando mi papá corría para frotarme con la mano la cachucha y apretarme el hombro. Se le iban los ojos al Ramón y se quedaba muy triste. Eso me figuré yo, porque después bajaba la cabeza y no se le veían los ojos. Se le caía la cachucha sobre ellos.

Pero en veces le entraba a la vacilada. Muy pocas, pero en veces sí. En una de esas veces le dijimos que le dijera a Nellie López que se veía muy bien en su nueva blusa. Se lo dijo. Ella le contestó: “*You all* batos are la misma cosa. Porque tengo tamañas chichis, ya andan todos alborotados”. Es que no le habíamos dicho todo. Por eso se nos echó encima el Ramón. No porque no le gustara la "nueva blusa", sino porque lo vacilamos, creo yo. Pero las más de las veces se quedaba callado el Ramón. Andaba solo. Sacaba muy buenos grades. Era inteligente el bato.

## EL COYOTE

En el medio del yermo desierto aparecía un oasis, un remanso, un ombligo poblado de flores, de algodón y de sombreros de paja. Un olor a virginidad atraía la abeja a la miel. Enjambres habían volado, cruzado bardas, desafiando abejorros y alimañas, buscando el néctar y el polen para sus panales resecos por la miseria de guerras y de abandono. Centenares de sombreros se movían, se cruzaban y se entretejían en la malla del oasis en flor. Los capullos, acariciados por la ardiente brisa, se veían al par de los sombreros, en una danza de amor y dolor.

Una camioneta *pick-up* circundaba el recinto. Cual sierpe, se arrastraba paralela a los diminutos canales, venas portadoras de vida y de llanto. Dejando el canal, se internó en la frondosa melena alba y rizada, como un piojo agarrapatado en sendero virginal. Era mediodía, y el sol canicular caía perpendicularmente. La antena de la *pick-up* delataba el lugar de su escondite. En una explanada, vecina al cosechal, un *Chevy stationwagon* le esperaba junto al canal. Los dos motores se enfrentaron rugieron y se calmaron. El *stationwagon* desapareció en el espejismo del yermo desierto. La voz juvenil y femenil vociferaba metálicamente: *Homestead Ranch calling... Over... Hello, Hello...* Y el silencio se cernió sobre el algodonal.

Los parajes que llevaban a la cueva de la colina le eran familiares a Lencho Loma. Los serpenteos y recovecos del río, los matorrales desmedrados y los oasis canalizados se volvían pretéritos en pantallas cinematográficas del recuerdo. El tiempo no había pasado, y punzaba insistente el agujón del mareo. Forrado de botas de cuero, le sudaba el pie en el desierto. Aquel pulverizado pedregal que, en otro tiempo descalzo, le hubiera lllagado y supurado el calor infernal. Los coyotes y zopilotes apretaban y rodeaban circundando la presa. El ciclo se cerraba en la memoria y en el hecho. La historia, cual culebra rabiosa, se mordía la larga cola.

— Tú te llamas Lencho Loma, ¿que no?

— Así me llaman.

— Y ¿no te da vergüenza de ser quien eres?

— No tuve tiempo para pensar en esas cosas.

— Habla con claridad y nos ahorraremos tiempo.

— ¿Cuántos años llevas en el negocio?

— ¿En cuál de ellos?

— De mojado, por ejemplo.

- Crucé siete veces, desde Tijuana hasta Laredo.
- ¿Cuántas veces te agarraron?
- Tres veces de bracero y cuatro de droguero.
- ¿Por qué insististe tantas veces?
- Las veces no fueron tantas, mas llamaba la sangre de los muertos.
- Derramada y chupada por la sed de un coyote.
- Muy cierto.
- Cínico eres, vendido Lencho.

La alambrada se alzaba dos metros. Ojos aguzados por la esperanza taladraban los boquetes geométricos. Las córneas se desprendían de sus oquedades, pero los nervios chiclosos las sujetaban al esqueleto. La araña, tejedora de telas y de ensueños, guardaba el secreto. Lencho lo fue deshilvanando con el tiempo.

Centenares de espaldas sudaban en el desierto. Encorralados en el vientre de la malla, merodeaban los fetos hambrientos. El cordón umbilical se había secado. La araña, de panza protuberada, vigilaba la trenzada malla. Lencho Loma recibía las órdenes por las ondas metálicas. Con látigos ardientes marcaban la manada. Condujo un grupo hacia la puerta, y les indicó la entrada. La araña cerró, tras ella, el hoyo de la alambrada. Los zopilotes, de ojos sanguinarios, cernían el ala sobre la carne acecinada.

Ajustaban cuentas a este lado de la alambrada. El coyote, de ojos brillantes y hocico alargado, peroraba: "Han venido a una tierra extraña. Yo soy el rey y conozco las salidas y las entradas. Ustedes obedezcan mis consejos y se verán libres de las redadas". Estiró la mano abierta y, en ella, depositaron la cuenta. Siguieron al benefactor por entre cactus y maraña. En los ranchos los estaban esperando las uñas de las águilas. "*You are to work from sunrise to sunset. In all, twelve hours*". Y los hombres, mujeres y niños al sol daban la espalda. El sudor se escurría hasta el suelo y la tierra lo recogía ensangrentada.

- ¿Cuántas veces consumieron tu veneno?
- Ya perdí la cuenta.
- ¿Demasiadas?
- Es largo el cuento.
- ¿Cuántas veces te metieron en la Pinta?

- Ninguna.
- ¿Y sentenciado?
- Siete justas.
- ¿Quién te libró?
- Secreto guardo.
- ¿Quién te indultó, Lencho Loma?
- El jurado y el Senador Espinoza.
- ¿Cómo y por qué?
- El negocio, feria de la mota.
- Y ¿cómo puedes dormir de noche?
- Me sobresalta La Llorona.
- Vergüenza no tienes, Lencho Loma.

Ramón Oromí se sentó junto al fuego. Tenía la garganta reseca. Un nudo empedernido le impedía tragar saliva. Inclino la cabeza al par de sus compañeros. La mente de Lencho se paseó por los corredores de la cueva. La reconocía de tiempo atrás. Escenario de cargamentos de drogas, de dinero y de carne humana. Aullidos lastimeros y hálitos de muertos. "Ay... de mis hijos, torturados por mis hijos. Se muerden como ratas por escombros y mierda defecada". Los "ayes" rebotaban intermitentemente en las bóvedas de la cueva. El vientre de la noche, preñado de dolor, paría lamentos por las calles del terror.

"Lencho, Lencho, buddy boy. I need some reds". "Where is la lana, brother?" "I'll pay you mañana, carnal". "Mañana is today". "Don't be that way". "I want negocio seguro". "Don't be that zuro". "Tengo que pagar tithes, you know?" "Si no me das reds me muero". "That's your negocio". "Eres un baboso". Caminaba el Johnny bajo una temblorina nocturna. Un manojo de nervios resquebrajaba la atmósfera que le circundaba. El aliento silbaba entre los dientes rechinantes. Los huesos le crujían como palillos de orquesta. "Lencho is a cabrón. Me está matando, mano. Un día I'll kill him, ése". Y el Johnny fue arrastrando sus huesos por las arterias de su barrio.

Por las arterias de la mina paseaba Lencho Loma su alertada mente. Nadaba en agua roja, líquido viscoso. Palmoteaba corriente arriba y corriente abajo. No podía escapar. La sangre se le cuajaba en los ojos, se le metía por las fosas nasales y las orejas. Coágulos

esposos y boludos le tapaban la garganta. “Mami, Mami”, y la respuesta le llagaba: “Ay... de mis hijos. Este hijo es un bastardo. Ahóguenmelo en su propia sangre”. Sentía la sangre caliente en el esófago. Palmoteaba desesperadamente, y un coágulo inmenso, preñado de aullidos de niños, salió envuelto en un enlutado vómito blasfemo.

— ¿Cómo pasabas el cargamento de México?

— Con mordidas de dinero.

— Y ¿cómo le hacías con el aduanero?

— Era sobrino de Homestead, el rancho.

— Y ¿en dónde depositabas tanto dinero?

— En la cuenta de Espinoza y el banquero.

— Tienes las manos cubiertas de sangre, Lencho.

— El gaznate y los ojos y los sesos.

— Eres un cínico y un criminal, Lencho.

Diez traía en su troca Lencho Loma por las calles de *Flint, Saginaw y Travers City*. Bajo el vientre de la lona verde parecían dézuples. En un húmedo verano de a noventa grados flotaban en el sudor y el orín de la placenta. La bota derecha de Lencho Loma caía con pesadez sobre el acelerador. El tubo de escape desprendía un humo degenerado. El tóxico subía a la lona y un “Ay...” colectivo y agónico fue parido por el vientre de la troca. "La *cherry*, la *cherry*, que ya llegamos a la *cherry*. No se me rajen, no sean coyones, que ya merito llegamos a la *cherry*". Y Lencho Loma seguía corriendo.

Muy atrás había quedado Indiana. Por las autopistas, sin paradas ni excusados, se deslizaba la camioneta entre pujidos y quejidos. Bajo la oscuridad de la lona, doña Socorro Delgado paría a un feto muerto. Por el canal corría un chorro de sangre y un coágulo yerto. Y, por entre sus muslos abiertos, se escapó un "ay..." bronco y blasfemo. La bota izquierda de Lencho Loma cayó sobre el freno. “Chingao chamaco. Si me agarra la chota me lleva al infierno”. En la acequia dejaron clavada una cruz de palo seco.

En el *Civic Center* se juntó la Asamblea. En la sala de funciones se sirvió la cena. Una mesa ovalada ocupaba el centro. Y en el centro de la mesa, yacía un puerco. En la cóncava bóveda se veía un fresco. Baco, rodeado de ninfas y laureles, vomitaba borracho. Y el vientre, obeso. Del ombligo colgaba un cordón, y, del cordón, una enorme cereza. La cereza apuntaba al hocico del cerdo. El Presidente inauguró el banquete: “*Ladies and Gentlemen, from the cherry tree to the bar, and to the table. To the bank and on to Heaven. Let me tell you: tha's life, and not a fable*”. Agazapado detrás de la puerta, Lencho Loma observaba por una rendija la suntuosidad de la fiesta. “¡Chingao! ¡Cómo se

la llevan suave estos gringos!” En el medio del campo, rodeado de cerezos, un niño de vientre obeso y cara de viejo, se chupaba el rojo ombligo bajo la bóveda del cielo.

— ¿Cuántas joyas tiene Betty, la sobrina del patrón?

— No se las he contado.

— ¿Serán unas siete?

— Y no demasiado.

— ¿Quién se las regaló?

— Su tío, que es rico y Patrón.

— Y ¿no serías tú, el Peón?

— Yo soy un hombre trabajador.

— Y un puritito cabrón.

— De eso, ni mención.

— ¿Cuántas veces te acostaste con la Patrona?

— Para qué negarlo, las veces que a la *cherry* se le antojó.

— Y ¿con la hija del maricón?

— Esa ya es otra canción.

— Contéstame a la cuestión.

— Pregúntaselo a Homestead.

— Y ¿a quién más?

— A Espinoza y al Juez.

— Y ¿a quién más?

— Al Obispo y... yo quién sé.

— ... y al Coyote, ¡que puto es!

Lencho Loma se levantó para aclarar acusaciones, pero una patada en los testículos lo dejó helado. Sintió que un bulto se le iba formando. Se convirtió en un hinchado peso. Cuántas veces lo había usado. Pero cuántas lo hubiera descargado si la Betty Walker lo hubiera dejado. Moneda de oro de dieciocho quilates lucía colgada del protuberante pecho. Se la colgó aquel día en la cuadra, bajo la mirada de un joven becerro. Se la anilló al cuello y, con las dos manos, le recogió el pelo. Dos manos fuertes y diestras le atenazaron los pechos. En un vaivén, cayeron al suelo. Un ritmo macabro de piernas y pechos dieron fin al sangriento forcejeo. La moneda de oro, de rota cadena, yacía en el cieno. Se reflejó en los ojos cansados de la madre del becerro. Betty Walker se miró en el destello.

El niño del vientre mostrenco yacía dormido debajo de un cerezo. El hueso de una cereza descansaba sobre el hoyuelo del ombligo. "Chingadas viejas que no cuidan de sus nietos". Lencho Loma vio en la cercanía a una niña de quince años subida a un cerezo. Miraba hacia abajo y le colgaba el pelo lacio y negro. Dos lágrimas, polvorosas y saladas, le rodaron hasta el suelo. Dos ojos de azabache relumbraban como diamantes negros. El sol, viejo y cansado, redondeaba la cara de la niña quinceañera. Las dos cerezas, clavadas en el pecho, le temblaban de miedo. "Chingao, pero si eres tú, Olguita Salcedo". "No, Señor, es su mismo hijo muerto". Lo miró yerto. Lencho Loma metió la mano en el bolsillo y sacó un puñado de dinero. "Toma, para el féretro". "No, Señor, esa mugre yo no quiero".

En una de las calles de la Metrópoli, el Senador Al Espinoza se le acercó. "*Lencho, don't you fool around con la Betty. She is my ruca. Tu negocio es la mota. Don't you forget it. I know you are a good dealer. You always turn in my share. That's good. Pero no le toques a mi Betty, do you hear me?*" "Chingatumadre". "En la tuya, baboso". Un revoloteo de brazos y de piernas, de pies y de puños rompió el silencio nocturno. La luna se puso. Dos ojos de perro policía venían aullando y bramando en lo oscuro. Homestead, por la mañana temprano, se acercó a Espinoza en las aulas del Senado: "*That Lencho did it again, huh? Son-of-a-gun*". En las cámaras de la televisión esa misma noche el Senador Espinoza protuberaba un ojo pencudo.

— ¿Cómo le haces para no ir a la Pinta, Lencho Loma?

— Pago cuotas.

— ¿A quién, Lencho Loma?

— A Homestead y a Espinoza.

— ¿A quién más?

— ¿Te parece poca cosa?

— Y ¿a quién pagan ellos?



- Al City Water Dam.
- ¿A alguien más?
- Al banquero y al judge Wright.
- Ustedes son una Mafia de mierda, Lencho Loma.
- La mierda son ellos.
- Suicídate, Lencho Loma.
- El dinero es muy bueno.
- Eres más duro que una roca.
- Ese es un cuento.
- ¿Como el de tu Madre, La Llorona?
- ....

Habían llegado al Valle Imperial. Los de la troca se acomodaron como pudieron. Esta vez su esposa lo había seguido. Entre los brazos dormía su hijo menor. “Esto es un infierno, viejo.” “Párate debajo del *cooler*.” “Mejor hubiera quedado en casa con tu hijo, viejo.” “Una semana, mero.” “Estos hombres sin *cooler* se mueren de sofocamiento.” “Tienen duro el cuero.” “¿Y si tu hijo se muere, viejo?”. “Cállate la boca, vieja”. Habían dejado un rancho junto al río Grande. Doña Dolores Delgado se quedó de rodillas, como rezando. “Ayúdame, señor, a buscarlo”. “Ya estará en México”. “No, señor, si merito se me cayó”. “Usted está loca, ya hace mucho tiempo”. “Ayúdeme, señor, para que no me lo robe La Llorona”. “Y usted ¿cree en ese cuento?” Doña Dolores Delgado se echó a correr para arriba y para abajo. Como liebre, hurgaba en los matorrales. Hasta la rodilla la tragaba el fango. Metía los brazos en el lodo y los sacaba llorando. “¡Ayúdeme, señor!” Huesos, por decenios enterrados. La noche se avecinaba. Doña Dolores, con los brazos en el aire, salió corriendo. “¿Ayúdeme, señor!” Y la larga falda ondulada por el viento. “¡Ay... de mis hijos!”

Había amanecido nublado. Lencho se paseaba junto al Río. Un ombligo obeso flotaba a la deriva. Lo imantaba un presentimiento. Se fue acercando. Una panza abultada yacía sobre el agua. Se metió hasta la rodilla. Unos ojos cristalinos lo clavaron de frente. En la frente portaba una estrella de sangre fría y negra. Se quedó extasiado. “¿Eres tú, Licho?” Se cruzaron las miradas. “¡Soy yo, Lencho!” Lentamente caminaba por el desierto mojado un ser siamés. Zumbido de ecos de patas cuadrúpedas llegaban hasta la recámara del señor del Rancho. “*Son-of-a bitch, you, Homestead!*” “*Shut up, you, half-breed!*” Y los dos Loma caminaban abrazados.

“Vieja, ¿conoces a Doña Dolores?” “La Señora Delgado, ¿la que perdió el hijo?” “Esa mera”. “Dicen que se ha vuelto loca”. “¿Tú has visto a La Llorona, vieja?” “Nunca”. “¿Crees en La Llorona, vieja?” “En los huesos de los muertos”. “¿Has visto llorar a Homestead, vieja?” “No, pero debiera estar muerto”. “¿Sabes que no pude cerrar ojo ayer noche, vieja?:” “Sabía que estabas despierto”. “Me pareció tener en la frente un agujero”.

Hacía rato que Los Siete Hijos se paseaban en rueda junto al fuego. Con las cabezas caídas y los brazos tendidos formaban una corona de espinas. Una procesión de penitentes en una guerra florida. De sus frentes estallaban rosas encendidas. La procesión se paró. Ramón Oromí se apresuró.

— ¿Quién mató a mi padre, Lencho Loma?

— Yo no quise. Es que él se escapó.

— ¿En dónde feneció, Lencho Loma?

— Al salir del restaurante murió.

— ¿Por qué murió, Lencho Loma?

— No pagó sus deudas como debió.

— ¿Qué deudas, Lencho Loma?

— Las de la traición.

— ¿A quién traicionó?

— A Homestead y a Espinoza.

— Pero ¿si no los conocía, Lencho Loma?

— Bien que los conocía Pedro Zarzosa.

— Pero ¿si ese no era mi padre, Lencho Loma!

— Entonces... ninguna culpa se ocasionó.

— Eres un sinvergüenza, cabrón.

Tres mil pesos le había pagado Pedro Zarzosa para pasar la frontera. De acuerdo al contrato le pagaría el veinte por ciento de su salario en el Rancho de Homestead. Quedaría en deuda para el resto de su vida. Se escapó y se fue a la Metrópoli. Entre los platos del *Desert Inn* estaría seguro de su anonimidad. “*Look for that s.o.b., Lencho boy*”. Fue al salir de su trabajo. “Paga lo que debes, Pedro Zarzosa”. “Yo no debo nada, Lencho

Loma”. “El veinte por ciento me debes todavía”. “Por los cojones agarrado me tenías”. “Saca la navaja, Pedro Zarzosa”. “Chingatumadre, Lencho Loma”. Por una grieta en el abdomen se le escapó libre el alma al esclavo Pedro. “*Your Honor, he is my right arm in the Ranch*”. “*You owe me your life, Lencho boy*”. “Y usted a mí su dinero”.

“Let me tell you what Dr. Fisher told me about you. You are like a pawn in the front line. You are able to see it all. But don't forget you receive the orders from those you're supposed to protect. You shoot sideways. Your tools are the shields behind you. You risk to be shot. But those are the rules of the game! You are a pawn, un Peón, don't you forget that, Lencho boy!”.

Siete, ocho, una miríada de peces se agazaparon en las células de su cerebro. Lencho Loma los veía trabajar y escardar los capullos de los algodones. Veía que su ensortijado pelo se teñía de blanco. Una legión de garrapatas se erizaba en sus mechones. “No me espanten el sueño. ¡Déjenme dormir, cabrones!” “También nosotros formamos batallones”. Con movimiento preciso se acercaban, acomodaban, y apretaban. “Senator Homestead, Senator Espinoza, help me, I'm alone!” “You're supposed to protect us. You are the Pawn, el Peón, Lencho Loma”. Y la legión marchaba, apretaba, ahogaba. Las garrapatas se subían y bajaban por los mechones, se metían por los ojos y descendían de las orejas a los tambores. Gritos, alaridos y vozarrones de niños y mujeres y varones. Lencho Loma se agarraba de la cabeza y sudaba a borbotones. “¡Ay... de mis hijos, chúpense la sangre a ese atajo de coyones!” “No, no, for goodness sake, por mi mamacita, déjenme y tengan compasión de mis dolores”.

— ¿Sabes quién soy yo, Lencho Loma?

— Eres Ramón Oromí.

— Al revés. Dilo al revés, y dirás Mi Oro.

— ¿Y eso?

— La medalla de veinte pesos de oro era Mi Oro.

— Imposible. Si es de Betty Walker.

— Se la diste a la sobrina de Homestead, después de habérsela quitado a mi padre.

— ¡Tu padre! ¡Tú... hijo de mi hermano! ¡Tú... sobrino mío...!

— Soy Ramón Loma. ¿Quién mató a mi padre, Lencho Loma?

— Yo no maté a tu padre ... Fue Homestead.

— ¿Cómo?

- Con una bala en la frente y un empujón al río
- Porque se creyó que él era el que violó a su sobrina.
- Eso debió de ser.
- Pero tú fuiste el violador, tío mío.
- Pero yo no maté a tu padre.
- Como si fuera lo mismo.
- ¡Perdóname, sobrino mío!
- Yo ya no tengo nada contigo.
- ¡Perdón!
- ¡Suicídase, viejo cochino!

Ramón Oromí le escupió en la cara y se dio la vuelta. Sus compañeros se pusieron de pie, giraron como resortes y se enfrentaron a Lencho Loma. Lo empujaron y llevaron por delante hacia el Río. La procesión de Los Siete le seguía cantando y salmodiando al unísono: "Los Siete Hijos te encontramos culpable de siete crímenes capitales. Lencho Loma, bajo la suprema autoridad de nuestra Madre La Llorona, te condenamos a que, en este río, te metas y cometas suicidio".

Lencho Loma sintió frío. Una fuerza interna lo impelía. Las aguas imanas lo atraían. Puso un pie, luego el otro, se metió hasta la rodilla. Un intenso calambre hasta el cerebro le subía. Una boca oscura, inmensa verija, lo fue tragando a la inversa del que nacía. Una burbuja de negro rojo, sobre la melena de Lencho Loma, se extinguía.

Del río subía un lamento desesperado. "Hijos míos, pero ¿qué ha pasado? Año tras año mis hijos ahogados. En el Río Grande, en el Río Gila, y en el Río Colorado. ¿Es que nos persigue un gran pecado? ¡O es la condición del explotado! ¡Malhaya la cochina Sociedad! ¡Malhaya la Bola de Ladrones! ¡Malhaya el Sistema Civilizado!" Y el lamento se fue extinguendo en un vacío ignorado.

## SIETE BOTAS

*A character by the name of Lencho Loma has been reported missing. It is said he was involved in the Mexican Connection, Cosa Nostra?*

*(The Herald)*

*Catorce botas vaqueras desbrozaban la maraña. Picotazos y arañazos de chollas cedían impertérritas al paso marcial. De Este a Sur y de Sur a Oeste habían arrasado centenariamente la retorcida línea de "ayes" de agua y de sangre. ¡Vereda Manifiesta! Muslos torneados y protuberantes rangerettes desplegaban en juegos la victoria de unas huestes siniestras. Y... las botas brillaban con el lustre de oro y de sangre. Macho y hembra. El tacón de una de ellas aplastó a un niño nonato, y el puntapié de la gemela lanzó a una mujer al otro lado. ¡Desmadre! "¡Ay de mis hijos...!" Y... la bota hitleriana desfilaba afilada.*

*Oscar Ramírez*

A mí me gustaba ir a ca' Oscar Ramírez. Además de que éramos buenos cuates yo y el Oscar, me gustaba ir porque su hermano mayor, el Chuy, tenía un *lowrider* a toda madre. Por eso era. Y esa era la verdad. Tenía un Chevy *two tone*, muy chaineado y con un chingo de *crome*. El Chuy era *teenager* y siempre le estaba sacando brillo a su Chevy. No le gustaba que nos acercáramos Oscar y yo, porque no quería que se lo "*hiciéramos spot*", como decía él. Así y todo no era malo con nosotros y creo que porque le gustaba que se nos abrieran los ojos tamaños así. Nos decía que lo tenía así de chaineado para dar envidia a los otros batos. Pero la verdad es que le gustaba dar *rites* a las chavalonas por la Central Avenue.

Me contó Oscar que un día, cuando andaba el Chuy con una chavalona de esas cuerotas, que lo paró la chota. Nomás le preguntó: "*Who did you steal that car from?*" Nomás eso le preguntó. Pos al Chuy le dio mucha vergüenza y mucho coraje. Más coraje que vergüenza, porque iba la ruca con él. Y no le creyó cuando le dijo el Chuy a la chota que había sido una carcancha que su padre tenía abandonada en la *back yard* y que se la había dado a él. El chota no le creyó. No que su padre se la hubiera dado, sino que hubiera sido una carcancha. Con esto le bajó un tantito así el coraje al Chuy. Hasta se puso muy *proud*, porque no quería creer el chota que él, el Chuy, fuera capaz de cambiar una carcancha en una cosa tan bonita y chaineada como era su *Chevy lowrider*.

Un día el Oscar y yo estábamos viendo cómo el Chuy chaineaba su *lowrider*. Por allí pasó "El Cacarizo". Todos los del barrio Las Pencas le llamaban "El Cacarizo" a ese bato que nadie sabía cómo se llamaba y que dizque le entraba a la política. El cacarizo, pues, se acercó a nosotros y, después de mucho mirar el *Chevy* del Chuy, le dijo que estaba corriendo para *Senator*. Así, para *Senator*. El Chuy le contestó: "So? Yo también corro este carro". "You don't understand, carnal, I want your familia to vote for me. We need to salir de esta mierda". "¿Cuál mierda?", le repuso el Chuy. "That's right, ¿cuál mierda?", añadió el Oscar. Mi carnal tiene un *lowrider* bien chaineado, "¿le llamas mierda a esto?", continuó el Oscar. El Cacarizo se fue muy confuso. Desde entonces me quedé sorprendido de la política del Oscar. Le intimé más de una vez que corriera él para Gobernador. "Mi carnal Chuy sería bueno pa' eso. ¿Te lo imaginas de Gobernador con su *lowrider* bien chaineado y lleno de rucas?", me dijo. "Pos sí, al menos el Chuy tiene su *lowrider* bien chaineado. El otro ni eso tiene, ¿que no?", razonó. "Pos sí, ¿que no?", asintió el Oscar.

## EL POLÍTICO

Ya era entrada la noche cuando el Senador Albert Espinoza caminaba por el callejón. Una nubecilla de polvo se desprendía de los tacones de sus zapatos. El hipo intermitente despertaba ladridos de perros, presos en los pequeños jardines de la vecindad. Una luna veraniega le servía de gula contra los botes de basura, propiedad del Ayuntamiento. Este era su camino favorito que le llevaba a casa siempre que, con antelación, visitaba "*El Tecolote's Bar*".

Era a fines de primavera y estaban cerrando las sesiones del Senado en donde se trataba de las apropiaciones para los presupuestos de diversas instituciones subvencionadas por el Estado. Las discusiones, algunas de ellas acaloradas, entre los miembros del cuerpo legislador, dejaban al Senador agotado. Después de estos quehaceres, y bajo la presión del agobio, solía visitar "El Tecolote", en donde podía desahogarse "*with my Raza*".

Oscar Ramírez, antiguo compañero de escuela, y que conocía bien las costumbres y hábitos del Senador, lo estaba esperando al final del callejón que desemboca en la calle Molina.

— ¿Quiúbole, Senador?

— Hi..., bud...dy. What... are... you... doing... here?

Entre hipos pudo terminar la frase. Oscar Ramírez lo asió por el bícep izquierdo y lo ayudó a entrar en el *Chevy stationwagon*. Al volante se hallaba Antonio Noriega. Se saludaron y comenzó el viaje sin necesidad de altercados. El Senador Espinoza, reclinado en el asiento de atrás, se quedó dormido bajo una pesada respiración.

Pasada la medianoche, llegaron a la casita arruinada y abandonada en donde dejarían el carro. El Senador Espinoza despertó de su embotado sueño. "¿On' 'tamos?" La media luna se había traspuesto hacia el lado del Oeste. La pálida lucidez pegaba de lado en los matorrales. En fila, iban caminando los tres. Las preguntas inquisitivas del Senador recibían respuestas veladas. Sospechó algo y esperó la oportunidad apropiada. Se apartó un poco de la vereda para desaguar. Miró de reojo, y se lanzó a la fuga. Creyó haber tenido la suficiente distancia, pero su estado de relajamiento muscular no le permitió alejarse mucho. Oscar Ramírez y Antonio Noriega se echaron encima y lo apachurraron. "*Don't you ever do that, jijo 'e tu chingada madre*", le profirió Oscar Ramírez. Sacudiendo un poco la ropa, se pusieron otra vez en camino. Habían llegado a la orilla del río. Era el amanecer y comenzaba a distinguirse el serpenteo de las aguas. Seguían la estrecha vereda que zigzagueaba el borde. El Senador Espinoza, por el rabillo del ojo, veía las aguas en su movimiento ondulante. El silencio de la oscuridad se le filtró hasta la entraña. Movidado por una fuerza intensa y misteriosa, quería echarse a correr, pero sus dos acompañantes se lo impedían.

El crujir de las hojas y matorros se tradujeron en ruido de huesos y de voces opacas. Clavó la pupila en las aguas y vio un velo grisáceo. Las voces brumosas se sumaron en una, clara y femenil. Se detuvo y, en su rigidez estatuesca, le pareció haber oído un “Ay...”. Por sus ojos turbios corría el canal, que lo llevaba al *Circle K*. Su madre le decía: “Mijo, no tardes mucho, porque al caer el sol es la hora de La Llorona”. Tenía que cruzar un pasadizo hecho de tablas apolilladas. Siempre que lo hacía le entraba una fuerte palpitación. Al cruzarlo, se limpiaba la frente con el dorso de la mano. Una vez se detuvo en la tiendita con dos de sus amigos que vivían al otro lado del canal. Se hizo noche, y sus amigos se fueron. Al querer cruzar el puente de madera sintió un calor que le bajaba por las piernas. Se echó a correr y, al llegar a casa, se metió por la puerta de atrás. Se fue a su habitación y se cambió de pantalones.

Un fuerte empujón de Oscar Ramírez le impulsó hacia adelante. Llegaron a la entrada de la cueva. Dibujada contra el fondo oscuro de la boca, distinguió a la distancia una silueta de mujer que los recibía con un *flashlight* en la mano. Giró y fueron tragados por la garganta del dormido dragón. La silueta agigantada de la dama se mecía cóncavamente en las paredes. Un olor pestilente invadió las fosas nasales del Senador Espinoza. “Estos taquitos jieden, 'amá”. “No te quejes, mijo. Tenemos que agradecerse a Diosito, que nos da pa' comer”. “Pero jieden, 'amá”. “Cuando tu 'apá nos envíe más dinero, no vamos tener necesidá del welfer, mijo”.

Lo sentaron en el cepo de piedra. Sus ojos escudriñaron en la oscuridad del vientre de la cueva. Al fondo, y a distancias razonables, notó algunas figuras. Se acordó de las noticias en primera plana del periódico, *The Frontiersman*. No había duda. “Estos cabrones me hicieron *kidnap*”. Se vio fotografiado en los periódicos del siguiente día, acompañado del titular: “Senator Al Espinoza disappeared. The kidnappers stroke again”. Una temblorina se apoderó de él. “My wife estará bien enojada ‘orita. Poor girl, pensará que andaré pedo. Pero when she knows the truth empezará a llorar...”.

— Senator Alberto Espinoza, ¿puedo llamarte Al, como cuando éramos niños en la escuela?

— Yes, man. ¿Acaso no éramos camaradas?

Con la invitación al tuteo, al Senador Espinoza se le amortiguó un poco la temblorina. Se acordó de sus años juveniles y de cuando Ms. Fairchild los castigó a los dos poniéndolos repetidas veces en la esquina de atrás del cuarto de clase. El pequeño Alberto le había escrito una nota a Betty Walker en donde le decía: “*I lof yu, Betty*”. Oscar Ramírez enseñó los dientes.

— ¿Sabes quiénes somos nosotros?

— No.

— Somos Los Siete Hijos de La Llorona.



— So you are...

— Sí, somos los del periódico.

— Oh, my God!

Por los pasillos de su mente desfilaron sus planes truncados. La votación en el Senado sobre la construcción de la cárcel en medio de los barrios, la carretera periférica, el proyecto de ley sobre los campesinos, el programa bilingüe y otros programas que afectaban a la Raza. “*You guys can't do this to me, especially 'orita*”. Ahora que el Gobernador iba a presentarlo ante el Presidente para candidato a la Embajada en México. No podía ser. Pensó arrodillarse ante el grupo y pedirles misericordia. “After all, ellos comprenderán...”, pensó para sí. Hizo ademán para hincarse de rodillas.

— ¡No seas coyón!

— But, ¡Yo tengo planes, man!

— Y nosotros también.

— But...

— Estás ante el tribunal de "Los Siete", Alberto Espinoza.

— But...

— Tienes que responder a una serie de crímenes.

— But... yo no soy criminal, I'm telling you!

— Veremos.

“¡Crímenes...!”. Su amigo, el Senador Teddy Homestead, lo había guiado por el tortuoso camino de la Política. “*Politics is like a game, Al boy*”. Aunque nunca pudo aprender, el campeón de ajedrez trató de decirle muchas veces: “You have to hide, protected behind your army, your people, the pawns, los peones. You are the Knight, el caballero, you know. You move one step forwards and then one step side-ways. You kill sideways and then you have to back up, hide again behind the pawns, los peones. Very simple”. Nunca aprendió a jugar al ajedrez. No tenía necesidad, porque le era fácil ponerlo en práctica.

— Tú fuiste elegido Senador del Distrito No. 4, ¿que no?

— Sí.

— ¿Quién te eligió?

— My constituency.

— Nosotros, los chicanos.

— Right.

— Y ¿qué le pasó a tus promesas, después de que trabajamos tanto por ti, en la campaña?

— I've tried to keep them. But..., it is very difficult.

— Eres un mentiroso, baboso. Tú te vendiste.

Notó Alberto Espinoza que un grupo de cabezas torció hacia donde estaba él sentado. Catorce pupilas destellaban con el resplandor del fuego. Oscar Ramírez se había sentado junto a sus compañeros. Estiraron las manos hacia el fuego, formando un abanico. Levantaron las cabezas y fijaron la vista en la oscura concavidad de la cueva. Oscar Ramírez musitó una plegaria: “Madre nuestra Llorona, aquí te hemos traído a este hijo extraviado. Es doloroso que una persona ajena y extraña sea la causa de los males de tus hijos, pero más doloroso es que un hijo tuyo traicione a tantos de sus propios hermanos. Ayúdanos a hacerle reconocer sus crímenes, Madre Llorona”. Una voz etérea surgió de las llamas e invadió la matriz de la cueva. “Solamente los hijos degenerados y bastardos son capaces de herir las entrañas de una madre, traicionando y vendiendo miserablemente a sus hermanos. Un hijo Senador que, pudiendo ayudar a sus hermanos perseguidos por la justicia, explotados por el capital y castrados mentalmente por las escuelas, estando en el poder político, no lo hace, no es un hijo. Es un hijastro bastardo. No lo reconozco como hijo mío”. Simultánea y religiosamente bajaron los brazos extendidos e inclinaron las siete cabezas. Permanecieron unos instantes silenciosamente encorvados. Rompieron el círculo y, de frente al Senador Alberto Espinoza, formaron una media luna.

Oscar Ramírez se dirigió al reo: “Has oído las palabras de nuestra Madre, Alberto Espinoza. Bajo su autoridad, única y absoluta, te juzgaremos nosotros, tus hermanos, y nadie más. Tus crímenes y tus movidas chuecas, que tienes escondidas en esa cabeza podrida y llena de bichos asquerosos, te las arrancaremos con uñas afiladas como espinas de sahuaros, en carne viva, Alberto Espinoza. Somos la Corte, el juez y el jurado que ahora tiene nuestra familia y pueblo: La Raza. No hay ninguna otra corte, Alberto Espinoza. Uniéndote al Sistema podrías tu ser. Estás contaminado de una enfermedad cancerosa y, jugando el mismo juego, querías contaminar a todos tus hermanos, Alberto Espinoza. Tus hermanos te elegimos para que nos sacaras de la opresión padecida por centenares de años y, asquerosamente, te uniste a los opresores para que el peso fuera más insoportable. Eres un puerco, Alberto Espinoza. Eres un mentiroso, un vendido, un degenerado, Alberto Espinoza. Estás contaminado, estás podrido, estás muerto, Alberto Espinoza. Eres una mierda”. El Senador Alberto Espinoza tenía las ventanas de su cráneo abiertas a la inmensidad del espacio. Querían encontrar algo sólido, algo claro, algo tangible, pero se encontraban ante el abismo hueco de la oscuridad de la nada. Nadaba vertiginosamente como un bólido sin origen, sin dirección, sin meta ni destino. Como un chango, se echó instintivamente ambas manos al coco, se jaló de los pelos y arrancó de la

entraña un grito profano: “Tú eres un hijo de tu chingada y puta madre”. Oscar Ramírez extendió el brazo derecho hacia atrás y, con la mano extendida, le descargó sus doscientas libras en la mejilla izquierda. El Senador Alberto Espinoza rodó por el suelo bajo el impacto. Después de breves instantes, y a instancia de Oscar Ramírez, se sentó en el cepo de piedra. Chorreaba sangre por la boca y por las fosas nasales. El interrogador sacó un pañuelo del bolsillo y se lo entregó.

— Ahora, Senador Alberto Espinoza, continuemos con el juicio. Tú fuiste Presidente de MECHA, ¿que no?

— Yes.

— Tú nos incitaste a la demostración y a la protesta contra la Universidad, ¿que no?

— Yes. Porque era *President*.

— Tú dijiste y gritabas diciendo que la Administración era una “*racist pig*”, ¿que no?

— Yes.

— La verdad, Alberto Espinoza, era que tú querías servirte de la Presidencia de MECHA para ser aceptado en CLEO y en el Colegio de Leyes, ¿que no?

— Not necessarily.

— Contesta bien, Alberto Espinoza. Sí, o no. Desde entonces ya tenías planes para hacer una carrera política, ¿que no?

— Pos, sí. ¿Y qué?

— Pues desde entonces usaste a La Raza. Eras un vendido y fuiste un hipócrita.

— I wasn't.

Antonio Noriega le alargó otro pañuelo. El Senador Alberto Espinoza se ahogaba en su propia sangre. La sangre que corría por las venas de sus dos hijos. "Mis hijos no sufrirán lo que yo sufrí de niño. No serán como yo. Irán a la mejor escuela del Estado. Los mandaré a la *Salomon School*. Le enseñarán algo, por lo menos a manejar el dinero, que me faltó a mí y a mi madre. Eso, mis hijos serán diferentes, serán banqueros. Irán a la *Salomon School*". Veía que su sangre escurría por sus dedos y se coagulaba en el suelo, en gotas pegajosas y putrefactas.

— Alberto Espinoza, al terminar tus estudios de leyes agarraste un puesto con el Procurador del Estado, ¿que no?

— Yes.

— Y después pasaste a las oficinas del Gobernador, ¿que no?

— Yes.

— ¿Cómo subiste tan pronto?

— Porque I was smart, inteligente.

— Porque te vendiste y te usaron ante La Raza, Alberto Espinoza.

— Not true.

— Después, como querías más dinero, comenzaste una firma, bufete y compañía, el despacho Espinoza & Zarzosa.

— *De la Raza para la Raza*, don't forget.

— Sí, ya lo vi en el anuncio que pagaste para la TV. Y, ¿qué decías en la TV?

— “Aquí le ayudamos en casos de divorcio, de contratos de casas y carros, y arreglo de pasaportes”. Y... otras cosas.

— Y... “otras cosas”. ¿Qué cosas? ¿El caso de Carlos Corona?

— Yes, but...

Carlos Corona tenía una casa remolque en donde vivía con su esposa y cuatro hijos. Se había comprado un Toyota usado, solamente le faltaba por pagar la última mensualidad. El carro tenía un defecto que nunca se lo pudieron corregir en la agencia. Carlos Corona se negó a hacer el último pago. El banco envió a dos guardias para notificarle que, si no pagaba, al día siguiente le embargarían la casa remolque y se la llevarían. Carlos Corona les dijo que él estaría allí para recibirlos. A día siguiente no fue a trabajar. Llegaron los guardias y Carlos Corona, por una ventana abierta, les enseñó el caño de un rifle. Los guardias sacaron la pistola y Carlos Corona descargó dos tiros, matando a uno e hiriendo a otro. Antes de doblarse, el herido había descargado su pistola en la frente de Carlos Corona.

— But... tú no quisiste ayudar a nuestro hermano Carlos Corona, porque no tenía \$500.00, ¿que no?

— Yes, pero... es que esos casos cuestan mucho dinero.

— El debía nomás, *only* \$200.00 y tú le cobrabas, para comenzar", \$500.00. ¿No ves qué matemáticas más chistosas?

— Yes, pero ...

— Pero... tú sabías que le iban a quitar la casa, que la familia se iba a quedar en la calle, y que Carlos Corona no iba a permitir eso, y, sin embargo, tú permitiste mejor que Carlos Corona, tu hermano, muriera a manos del interés bancario, de tu amigo Steinfellow.

— I didn't...

— Por pedirle \$500.00 que no tenía.

— But..., listen...

— "*De la Raza para la Raza*".

— But... no comprendes que...

— ... que eres un cochino, Alberto Espinoza.

Miró para el suelo y vio la tierra de color rojizo. Del color de la alfombra de la casa del banquero Daniel Steinfellow. Su mente se paseó por los corredores de la gran mansión en *Sunrise Hills*. Le había invitado al banquete-fiesta a raíz de una de las sesiones del Senado, cuando iba a tratar del porcentaje del interés sobre préstamos bancarios. La mansión hormigueaba de banqueros, senadores y diputados. El Senador Alberto Espinoza quedó maravillado de la alfombra, de los muebles y de las pinturas. Pero un cuadro del Bosch, colgado de una de las paredes del comedor, le robó la atención. El banquero Steinfellow se percató de ello y le sopló al oído: "*Senator, this one is my favorite*". El Senador Alberto Espinoza vio a una legión de pordioseros y harapientos tragados por una enorme boca de un monstruo muy raro. Al fondo se fijó en lo que parecía ser una ciudad. La ciudad fronteriza que él tantas veces había visitado para comprar *souvenirs*. Pordioseros, mutilados, famélicos en las esquinas de las calles. "Como en el *welfare*. Como cuando yo era niño y mi madre me... Se fijó en la cabeza del raro monstruo y en su hocico aguileño. Parecía un cochino, con nariz retorcida y puntiaguda. Se dio la vuelta y el banquero Steinfellow se le acercaba con una copa de champaña. Lo miró a la cara, a la boca, a la nariz y le pareció haberla reconocido. Dio unos pasos para adelante y después torció para la derecha, hacia la cocina. Sorbió de la copa y, mientras bajaba la cabeza, se fijó en el piso cuadrilátero tapizado de plaqueta. "*Don't forget, one step forwards and on step sideways. You kill sideways, never forwards. Then back up, and hide behind the pawns, los peones. If you remain in the open you will get killed. Very simple*".

— Senador Espinoza, tú estás metido en lo de la marihuana, ¿que no?

— Well..., cuando I was a chamaco, I used to smoke algún leño, you know... Como los de mi tiempo.

— ¿Y después?

— Después... almost nunca.

— Porque los vendías. Eras un *pusher*.

— No in the strict sense of the word.

— ¿Cuándo dejaste de ser *pusher*? ¿Cuándo te hiciste Senador?

— Right. Ya no fui *pusher*.

— Pero te hiciste *dealer*, traficante.

— ... You are a mentiroso. I never...

— Tú eres el mentiroso, Alberto Espinoza. Tú y el Senador Homestead tienen un negocio de millones de dólares, ¿que no?

— ... ¿Cómo lo sabes?

— Tú le dijiste al Senador Homestead que tú te ocuparías del territorio de los barrios de tu Distrito. De la Raza, pues.

— That is... not true.

— Tú te compraste tu Lincoln y tu mansión con el dinero que le sacaste a los pobres de tus barrios, Alberto Espinoza.

— ... Not true.

— Tú te compraste una mansión en la Sunrise Hills pudriendo la sangre de tu Raza con *hard drugs*, Senador Alberto Espinoza.

— But... ¿cómo iba yo a comprarme una mansión and live in *Sunrise Hills* if I am a Senador de mi District? Can't you see?

— Porque ahora quieres dejar de ser Senador para ser Embajador, Alberto Espinoza. You want to be bigger, quieres importar drogas de México “legally”, quieres traer gente ilegal “legally” para los ranchos del Senador Homestead, quieres...

— That s a lie...

— ... chingar “legally” a México y a tu Raza.

— Not true!

— No supiste ser Raza. Eres un vendido, Alberto Espinoza.

“Ay... de mis hijos, ahogados en ríos de sangre. Por las calles de mi barrio se pasean las jeringas, las agujas y la savia mortífera que corre por los ríos de sus venas. Cruzan el río para buscar comida, para vivir, para sobrevivir, y se encuentran con las jeringas, para morir. ¡Ay... de mis hijos!”

El tribunal de Los Siete inclinó sus cabezas adoloridas. El Senador Alberto Espinoza se apretaba la cabeza con las palmas de las manos. Sentía que un pinche puercoespín le taladraba la sien de parte a parte. Un agudo chillido de niño impotente lo llevaría clavado por años sin fin. No hacía mucho que su prima Dolores Espinoza había sido iniciada inocentemente al gusto y placer del arrullo y vaivén del humo de la marihuana. “Just one, uno nomás, baby”. Aquella noche, en el Parque San Lázaro, se dejaron arrullar. Tendidos sobre el suelo terregoso, alborearon con la ropa revuelta y las piernas al aire. “¡Oh, Diosito, qué hemos hecho!” Un peso inmenso abrumó sus cabezas. Duró varios meses. Una criatura mostrenca gateaba por la casa, escurriendo baba, moco y caca. Emitía sonidos perrunos. Nunca pudo estirarse en dos patas. Dolores Espinoza nunca sonreía, se quedaba azonzada. Imitaba al hijo, andaba a cuatro patas. “¡Ay... de mi hijo...!”, con frecuencia clamaba. Y el tornillo seguía apretando en su ya cana cabeza. El Senador Alberto Espinoza soltó las palmas de las manos y dejó de apretar la sien. Un grillerío de voces infantiles y perrunas le asaltaron los tímpanos. “*Shut up, you sons-of-bitches!*” Y se calmaron los ruidos. Levantó la cabeza y sintió catorce pupilas que le claveteaban la sien.

— Senador Alberto Espinoza, tú te divorciaste de tu esposa Lupe Arteaga para casarte con Esther Steinfellow, la hija del banquero, ¿que no?

— That's personal business. Negocio mío.

— Negocio de acciones bancarias y de acciones en la *City Walter Dam Co.*

— Porque tengo dinero.

— Tú votaste por la legislación del aborto, ¿que no?

— Yes, porque... there are too many niños pobres.

— Y porque le llevaste la corriente al Senador Homestead, a tu suegro el banquero Steinfellow y al Dr. Greenhouse, que quieren exterminar a La Raza.

— No es verdad. That isn't true.

— La verdad es que tú quieres esterilizar a todas las chicanas, abortar a todas las carnalas, para no ver a tanto buqui, a tanto chamaquito deforme e imbécil como a ...

— Shut up! I said, shut up!

— La verdad es que, con tu negocio de traficante de drogas, has sido la causa de una camada, de una generación de chamaquitos retardados y retrasados mentales, Alberto Espinoza.

— Shut up!!

— La verdad es que tú mismo eres un degenerado, un vendido y un hijo de perra, Alberto Espinoza.

— ¡Cá...lla...te...!

El Senador Alberto Espinoza se echó otra vez las manos a la cabeza y le entró la temblorina. Un sudor frío le salía de la sien y le resbalaba por las mejillas. En el delta de la barbilla el sudor se juntaba con las lágrimas que caían por la comisura de la boca. Al rato se fue calmando. Oscar Ramírez se adelantó y lo asió por un brazo y el resto del tribunal se puso de pie. Le dieron una vuelta al fuego y, después, lo llevaron de nicho en nicho. Lo presentaron a cada uno de los rehenes.

— ¿Conoces a Su Excelencia el Arzobispo McNamara?

— No.

— ¿Conoces a Lencho Loma?

— No!

— ¿Conoces a la Directora del Programa Bilingüe y maestra de Primaria, Ms. Fairchild?

— No!!

— ¿Conoces al juez Douglas Wright?

— No!!!

— Eres un asqueroso político, Alberto Espinoza.

— No!!!!

De nuevo giraron alrededor del fuego. En procesión desfilaron por las catacumbas de la cueva. Al llegar a la salida, se pararon todos. Oscar Ramírez levantó el brazo y apuntó con el índice. El Senador Alberto Espinoza fue vomitado por la boca de la Cueva. Crujían las hojas secas bajo las suelas de sus zapatos acharolados. Eran las siete de la tarde de un verano estival. Los crujidos de las hojas le subían por las venas calientes, inmensos ríos de sangre y de droga. Los chillidos aumentaban, alaridos y ladridos de retrasados perrunos. Y el río a la distancia de un palmo. Estallidos de bombas, de cohetes y de



fuegos fatuos. Metió un pie, luego otro, y la gran vena del río apagó los últimos aullidos y alaridos.

## SIETE PISTOLAS

*Yesterday Sen. Al Espinoza did not return home. He was last seen at "El Tecolote's Bar." He should know better: Foul play is suspected.*

*(The Republic)*

*Lucían siete pistolas bajo su opaca funda. Preñadas de fuego recorrían las históricas millas de terrenos. Parían escupitajos cargados de veneno. Tiraban la piedra y escondían la mano. Las manos, panzonas arañas, se enroscaban en las anacaradas cachas. Como incienso en sacrificio, subía el humo al cielo. Y..., cual cordero levítico, caía el "mojado" en sangre envuelto. Caín y Abel, hermanos primigenios, se disputaban el tiempo. Por el Highway, los caños iban trazando caminos de huesos.*

## VI

### *Nellie López*

Entre todas las rucas del barrio que iban a la Washington Elementary, Nellie López era la más mujer. Aunque tenía la misma edad que Linda Ortega y que Lupe Arauco, la Nellie era la más chavalona. Todos andábamos alborotados con lo de "la blouse". Es que le abultaban las chichis. Al menos así lo creíamos entonces. Eso le molestaba mucho a ella, a veces hasta se ponía un suéter encima, abrochado y todo, aunque hiciera calor. Pero eso no le valía a la Nellie, porque todos lo sabíamos.

Las otras chamacas querían andar con la Nellie, no por lo de la "blusa", sino porque se miraba la mayor de todas ellas. Siempre le preguntaban que cómo se sentía ser la "girlfriend" de Antonio Noriega y que cómo le gustaba "andar *steady*" con él. Se remilgaba la Nellie cuando las otras chamacas le hacían esas preguntas. Es que le gustaba ir al canal a pescar con el Tonio. Aunque chillaba y no quería que sacara los pescaditos del agua y se murieran, le gustaba estar al lado del Tonio. A veces se le juntaba y le decía muy quedito, aunque no hubiera nadie, "*I love you, Tonio*". Antonio le contestaba: "No seas mensa, ¿no ves que *you scare mis catfish?*" Pero ella se le quedaba mirando y descubría que él se ponía nervioso. Entonces ella sabía que el Tonio la quería.

Una vez, durante el verano, íbamos Oscar, Ramón y yo a chapuzarnos en el canal. El "*swimming hole*", le llamábamos. Cuando llegamos allí estaba la Nellie, sola. Se escapó al vernos. Nomás nos dijo: "Váyanse de aquí, si no se lo voy a contar al Tonio". Era cierto que la Nellie era la más chamacona de las chamacas. Al salir del agua, la blusa se le pegó al cuerpo y le salían dos bultitos rodillos del pecho. Por eso nos dijo que se lo iba a decir al Tonio si no nos íbamos nosotros de allí. No sé si por vergüenza, o si por miedo, o si por respeto, el caso es que nos fuimos los tres con la cabeza baja. Hacía mucho calor ese día de verano.

Esa noche tampoco pude dormir. Aunque vi a La Llorona salir del agua y llorar junto al canal, ni pataleé, ni se me mojó la cama como cuando lo del *catfish*. Desperté con las manos en el pecho. Por la mañana mi mamá no me preguntó nada, aunque yo tenía los ojos con sueño. No sabía lo que me pasaba. Era muy chamacona la Nellie.

## EL MÉDICO

El Sol se iba poniendo en el desierto. El Dr. Adolph Greenhouse estaba reclinado sobre la baranda del balcón del primer piso de un hotel fincado en las afueras de la ciudad. El sol, escondido detrás de una cortina espesa de contaminación, se asomaba como un ombligo ensangrentado en el horizonte. Venas sanguíneas, como cuerdas de guitarra, se estiraban de derecha a izquierda. Torció los ojos hacia el desierto y el espejismo le hizo ver un mar inmenso de olas reverberantes. Habían pasado semanas y meses y sudaba sequedad. Retrajo la vista y la posó sobre la alberca. El agua cristalina, azulcielo, dejaba ver una sirena de azulejos y mosaicos. Los contornos femeniles se iban ajustando al diseño caprichoso de vueltas y recovecos soñados por su artífice. La sirena bailaba un baile seductor, causado por las olas de un joven nadador. Y el desierto milenario seguía implorando las olas sementeras de una alberca voladora. El sol se ocultaba y, con un ojo guiñador, dejó al Doctor Greenhouse en un aletargado sinsabor.

Nellie López ocupaba el número cuatro en la cadena de los doce hijos de la señora López. De niña había trabajado en el desahíje de la cebolla. Había seguido el camino de las cosechas en compañía de su familia. Con mucha dificultad pudo terminar la escuela secundaria. Ms. Fairchild le había aconsejado repetidas veces que su futuro estaba en los salones de belleza, de peinadora. Nellie, en sus destellos de juventud, le decía que prefería ser doctora o, por lo menos, enfermera titular. De este modo hubiera podido haber asistido a su madre en el malogrado parto del último de sus hermanitos y en la pulmonía que se llevó al Johnny, a los cuatro años. Dos de ellos se hubieran salvado si ella hubiera estudiado para doctora. “Ahorita mismo hubieran estado corriendo por los surcos, por las calles, por los parques y por Disneyland, como los ricos”, se decía. “Pero ya no, ya es muy tarde”. Ahora lo hacía para que otros muchos, como sus hermanitos difuntos, pudieran corretear y vivir al igual que aquellos afortunados que pueden ser atendidos por sus doctores. No siguió el consejo de Ms. Fairhead y había comenzado ya la carrera de medicina con miras a ser ginecóloga. Tenía que estudiar mucho, pasándose horas y horas sobre los libros, hasta entrada la madrugada algunas veces. Sabía que, en la opinión de la mayor parte de sus profesores, ella no estaba dotada de la inteligencia necesaria para la carrera de medicina. Hasta a uno de ellos se le había escapado: “*She was born to be a mother, not to save mothers*”. Pero ella sabía muy bien que, si hubiera sido doctora, su madre no se hubiera muerto de parto, del último, cuando más la necesitaba la familia.

El desierto quedó aplastado en la penumbra por una franja de luz mortecina que cubría todo el lejano horizonte. Oscuro y misterioso, se le clavó en la entreceja del Dr. Adolph Greenhouse. Aquella tierra, aquella arena calcinada que se rehusaba a morir después de milenios de un sol purificador, de un sol esterilizador, que lanzaba sus rayos candentes sobre un vientre arrugado y correoso. Pero se resistía. Al ocultarse, la noche cubría bajo su manto un hormiguero de gérmenes vivílicos. Correteaban como espermatozoides en un río preñado de peces.

Alguien encendió la luz de la alberca. En el seno de la matriz flotaba una figura oscura. Juguetona, se hundía, brotaba, se encogía, se estiraba. Nadaba en el desierto. Mientras tanto se acordaba de la India, de Latinoamérica y de África. Y de Harvard. Su patrocinador, el Dr. Fisher, profesor de ginecología y campeón de ajedrez, le había dicho en la cafetería de la universidad: "*You are the King. The king should oversee every movement. At the same time should remain hidden, protected by the army of pawns, rooks, bishops, knights and Queen. That's right, covered and carry out the strategies*". Un inmenso campo de batalla se le ofrecía a los oscuros ojos. Cactus, sahuaros y chollas se movían sigilosamente detrás de las matas. Roturaban el suelo creando piscinas con sus raíces peludas. Las córneas del Dr. Adolph Greenhouse quedaron flotando al descubierto.

El Dr. Adolph Greenhouse, absorto, se metió en su recámara del *Desert Breeze Hotel*. Como un autómatas se puso el pijama y la bata. Se sentó en un sillón acojinado, puso los pies empantufados sobre una mesita y reclinó la cabeza en el respaldo. Por los corredores de su mente desfilaban sus años de estudio en la universidad de Michigan y en la de Harvard. Sus labores experimentales en tres continentes. Se acordaba de la India. Había dejado funcionando doce clínicas de planificación de familia, ideada por las Naciones Unidas y subvencionada, en su mayor parte, por Estados Unidos. Recordaba las estadísticas. "A diez hombres por día, por trescientos días al año, tres mil hombres esterilizados. Por diez años, treinta mil operaciones. Por doce clínicas, trescientos sesenta mil esterilizados. Por diez hijos cada uno, tres millones seiscientos mil niños nonatos". En Sur África había pasado cinco años. En este programa había un elemento nuevo, y es que el gobierno de ese país ayudaba a sufragar los gastos en casi toda su totalidad. Se crearon veinte clínicas en diversas ciudades. "Otro total de trescientos sesenta mil esterilizados y más de tres millones de niños frustrados. *Not bad!*". En ambos programas se habían gastado, respectivamente, un millón ochocientos mil dólares. El resultado había sido rápido y el costo bajo, pues ofrecían cinco dólares a cada hombre que se diera voluntario. Se formaban filas interminables esperando a las puertas. "En México quedaba igualmente fincado el programa. Se habían llevado a cabo...". Un golpe en la puerta lo distrajo.

— Who is there?

— Me.

— Who?

— ....

Nellie López se había metido por la puerta de atrás del Hotel que servía para el abastecimiento del mismo, y para que las empleadas entraran y salieran con las bolsas de la ropa de las recámaras. Se había escurrido por uno de los pasillos poco transitados a esa hora de la noche. Una amiga del barrio, que trabajaba en la limpieza, le había proporcionado los informes necesarios. De la fama del Dr. Adolph Greenhouse ya se había enterado, porque su nombre era repetido frecuentemente en las aulas de medicina y

sus investigaciones demográficas en países pobres y superpoblados eran materia bibliográfica y de referencia obligatoria.

Los periódicos se habían hecho cargo de la estancia del insigne médico en su ciudad. Como siempre, la mayoría de los ciudadanos se sentían halagados de auspiciar a tales personajes. Trazaba a grandes rasgos sus servicios rendidos a la humanidad, haciéndose meritorio de la distinción más alta que la civilización occidental pudiera otorgar: el Premio Nobel.

Últimamente el Dr. Greenhouse solía pasar los veranos en esta ciudad del desierto. Como ya había divorciado a las tres mujeres que tuvo en su vida, en los tiempos libres se reunía con amigos especialistas en su propia materia. A veces hasta lo invitaban a alguna consulta o conferencia. En una de ellas, y basándose en estadísticas del censo de los últimos veinte años, pronosticó la "tendencia secular" de la población mundial, basándose en dos variables: clases socioeconómicas y origen étnico. El aumento de la población está en relación directa a la carga pigmentaria de la piel y en relación inversa a los ingresos. Ustedes podrán sacar las conclusiones teóricas y prácticas que entrañan dichas estadísticas, y poner, cuanto antes, remedio adecuado".

El desierto, en su vientre hormigueante, seguía dormido.

— It is me... Nellie López.

— ...

El Dr. Greenhouse entreabrió la puerta. Al ver a una mujer joven, de rasgos marcadamente bellos, aunque un tanto demacrada por el sufrimiento que traslucía su cara, abrió más la puerta. Vagamente pareció haberla reconocido, pero no sabía si la oscuridad estaba jugándole trucos.

— It seems that I have met you.

— No, Doctor, you have not met me. But you sure have seen me. Let's go! ¡Vámonos!

Nellie López ya había echado mano a la bolsa y le había enseñado el caño de una diminuta pistola. Sin decir nada, obedeció a la señal. Por el pasillo, y a media luz, se deslizaron los dos. Confiando en que podría a cualquier momento librarse de una mujer, al parecer sin experiencia, caminaba seguro de sí mismo. Serpentearon tres pasillos umbilicales. Al final, se hallaba la puerta de atrás que daba a un estacionamiento reservado para vehículos de cargamento. Junto a unos depósitos destinados a la basura, había un automóvil esperando. Como disparados por un vientre preñado, salieron del carro Antonio Noriega y Ramón Oromí. El Dr. Adolph Greenhouse se detuvo un momento. Pero Nellie López le empujó con el caño de su pistola. Era medianoche y la expedición salió sigilosamente por las calles de la adormecida ciudad.

Llegaron junto a la loma al rayar el sol. Del seno del río subía un sudario de niebla. Envueltos en ella, fueron tragados por la entrada de la cueva. La oscuridad densa sirvió de puerta de sarcófago. Un reflejo de luminosidad lejana hacía de guía al Dr. Greenhouse. Llegaron a la concavidad en donde se hallaba el fuego y los otros Hijos de la Llorona. Antonio Noriega, que iba delante, le indicó el cepo de piedra. El Doctor se sentó. Antonio y Ramón se fueron a sus respectivos lugares, cerrando el círculo de sus compañeros. Nellie López se quedó de pie y enfrente del reo. Lo miró fijamente sin decir palabra. Después de un rato, y silenciosamente, dio una vuelta alrededor del grupo. Se sentó junto a ellos y todos inclinaron sus cabezas. Encorvados sobre sí mismos, parecían séptuples flotando en la matriz de la cueva y vivificados por las lenguas de fuego. El Dr. Greenhouse se creía transportado a los campos nocturnos de Sudáfrica o a las selvas oscuras suramericanas. Oía los murmullos de los presentes en un ritual primitivo e indescifrable. El murmullo crecía como una corriente de río que se avecina empujado por un fuerte aguacero. Voces de mujeres y de niños crujían por las rendijas de las concavidades de la cueva. Nellie López se había puesto de pie y acercado al Dr. Adolph Greenhouse. Lo sacó del ensimismamiento.

— You know Spanish, Dr. Greenhouse, don't you?

— Yes. Estuve cinco años en Latinoamérica.

— ¿Cómo y para qué fue usted a Latinoamérica?

— Enviado por la World Medical Association.

— ¿No sería por la White Nordic World Association?

— Lo mismo. Same thing.

— ¿Para qué?

— Para estudiar la demografía latinoamericana.

— ¿No sería más apropiado decir para la planificación o el control de la natalidad?

— La misma cosa. Same thing.

— ¿Por qué?

— Porque usted sabe que en Latinoamérica hay más bocas que comida.

— Y, en lugar de ayudar a producir más comida, usted y la WNW A se dedican a castrar a Latinoamérica.

— A controlar, que no es la misma cosa.

— ¿No es verdad, Dr. Greenhouse, que usted y la WNTA tienen miedo a que los prietos invadan el mundo de los blancos?

— Mentira. That is a lie.

— ¿No es verdad, Dr. Greenhouse, que a sus mujeres les da asco andar con sus barrigas hinchadas y amamantar a sus niños?

— Mentira. Eso es más saludable e higiénico para ellas.

— ¿No es verdad que ninguna de sus tres mujeres gringas quisieron quedar preñadas?

— ¡Cállese! Shut up!

— ¿No es verdad que, después de volver de Latinoamérica, usted se dedica a esterilizar a las chicanas?

— Shut up, I said!

Con sus ojos tensos y transfijos, el Dr. Adolph Greenhouse se convenció de haber dominado a Nellie López. Esta, serenamente, giró alrededor del grupo y se sentó por unos minutos junto al fuego. Las pupilas verdes del Dr. Greenhouse fueron perdiendo su dilatación y se encogieron. Sus párpados cayeron sobre ellas, como pesadas cortinas sobre las jornadas del presente. Vio a Thomas R. Malthus y a Charles Darwin pasearse por el malecón del puerto en un Londres poluto. Barcos que llegaban del Imperio con cargamentos, transportados por hombres oscuros y prietos. Miles de hombros torneados por la esclavitud del comercio. Hombres calientes que, en noches brumosas, se atornillaban en ancas de hembras porteñas. Que portaban más tarde otros cargamentos en los puertos de la Nueva Inglaterra, traídos por el comercio y atraídos por el éxito del Nuevo Imperio. Charles Darwin, en un choque de manos y un abrazo flemático, pasaba su imperio de ideas a William Stockey. Las teorías, como el nuevo imperio, pasaron de manos, y la invasión de hombros torneados cambió de ruta. La bruma plomiza y prieta de hombros torneados pasó de la Vieja a la Nueva Inglaterra y a Nuevo México. Hombres prietos, torneados bajo cargamentos y atornillados sobre carne. En Nueva York, en John Hopkins, en Rochester, el Dr. Stockey le dio un fuerte apretón de manos y le dijo: "*Greenhouse, I pass on to you the legacy of our great ancestors. Carry it out*". El manifiesto destino transmigró hacia el Oeste y hacia el Sur. El Dr. Greenhouse se sintió enorgullecido y, consagradamente, fue irguiendo los párpados de sus pupilas como rasgados velos de templos. Nellie López se encontraba enfrente, como una diosa estática, envuelta por una bruma nocturna.

— ¿No es cierto, Dr. Greenhouse, que usted heredó su conocimiento del idioma español de sus antepasados?

— ... En parte.



— ¿No es cierto que usted estuvo en Munich y en Auschwitz?

— ... Sí, pero de turista.

— Querrá decir usted que fue por su cuenta. Que esta vez el Gobierno no lo envió.

— Sí, de turista.

— ¿Cómo castraban los Nazis a los judíos, Dr. Greenhouse?

— It's none of your business.

— ¡Conteste, Dr. Greenhouse, conteste!

— They were... brutal in their methods. Brutos.

— Brutales, porque aplicaron esos métodos a sus antepasados.

— ¡Cállese!

— ¿No es verdad que usted está aplicando esos mismos métodos a otros pueblos, entre ellos a los mexicanos y a los chicanos?

— ¡¡Cállese!!

— ¿No es verdad que a su abuelo, el banquero Verthaus, le electrificaron los testículos por ser...

— ¡¡¡Cállese!!!

— ¿No es verdad que usted es un judío cabrón?

— Shut up!!!

— ....

Nellie López desató el nudo de la pañoleta que cubría su negra y larga cabellera. La dobló cuidadosamente y, sirviéndose de las puntas, se la ató a la nuca del frío y sudoroso Dr. Greenhouse. Sus ojos, vendados de negro, vieron la silueta de Nellie López que giraba cercana al fuego. Una voz, escuálida y transparente, ensayaba un baile melancólico. “Ay... de mis hijos, castrados por el viento. Toros bravíos, con las bolsas marchitas sangrando por el suelo. Ay... de mis hijas, hembras del desierto. Vientres resecos, que esperan sementera de cactus sin suero. Paisaje obscuro, Hijos míos, acompáñenme en el duelo. Necesito venganza, venganza sin denuedo. Sean conmigo buenos. ¡Ay... de mis hijos!” La sombra, transparente y pálida, bailaba por el aire. Sus pies diminutos, lenguas de fuego, trillaban el viento estéril en una danza zandunguera. En

su movimiento, los senos protuberaban un ritmo habanero, un golpe rápido y dos lentos. Su vientre contorsionaba un anhelo, el anhelo de otro vientre para bailar el machembro. De su cabellera voladora se desprendían sollozos infinitos, de aquellos hijos que fueron y de aquéllos que nunca han sido. Luego se paraba, y su espesa melena negra le caía sobre la cara. Unos gruesos goterones, de las glándulas desprendidos, acusación de delitos, por el pelo chorreaban. Los dedos de las manos osificadas como arados de uñas metálicas surcaban la cabeza atormentada. “¡Ay... de mis hijos!” Y la figura se esfumó por la volatilidad de la llama.

“I am Dr. Fisher. Don't forget you are playing whites, Greenhouse, and that you are the King. Send your troops before you. Remember, you must oversee all the operations. The pawns, the knights and the bishops cut sideways. You have to remain protected. Otherwise, the game is over”.

La silueta de Nellie López apareció de nuevo ante la mirada vendada del Dr. Adolph Greenhouse.

— Dr. Greenhouse, ¿por qué la WNWA le concedió el Premio Nobel?

— Por mis investigaciones científicas.

— ¿Que son?

— El comportamiento de los genes durante el proceso de la incubación.

— ¿El comportamiento de los genes en general, solamente?

— Pues sí. Y el detectar muy temprano la sexualidad de los fetos.

— ...Y el "cambiar" el sexo de los mismos, ¿que no?

— También.

— Y la aniquilación de esos fetos, ¿que no?

— La "autoaniquilación".

— ¿Cómo puede llamar usted "autoaniquilación" si la naturaleza no está dotada para eso?

— Sí, está, una vez que se dan ciertas circunstancias.

— ¿Que son... ?

— ¡Ah, ahí está el secreto profesional y... la concesión del Premio!

— Un tratamiento de electrodos, ¿que no?

— Un secreto, señorita.

— ¿Y usted le llama a esto una "Autoaniquilación natural"?

— Sí.

— Usted es un cínico, un asesino y un racista, Dr. Greenhouse.

— ¡Cállese! Yo soy un médico y un científico.

— Y un criminal.

— Un científico que ganó el Premio Nobel.

— ¿Cuántos chicanos hay en el jurado que concede el Premio Nobel, Dr. Greenhouse?

— ... Ninguno. Porque el Premio Nobel lo dan los suecos.

— Los de la White Nordic World Association, ¿que no?

— ... No.

— ¿No es cierto, Dr. Greenhouse, que algunos recipientes del Premio Nobel, entre ellos usted, forman la White Nordic Race Association, la WNRA, que es una rama de la WNWA y que ustedes mismos proporcionan sus espermias para después inyectar a las concurrentes al título de Miss Nordic Race?

— No a todas. Sólo a las que posean un I.Q. de genios.

— ¿No es cierto que ustedes quieren comenzar una raza de Amazonas Nórdicas, porque temen a la Raza Sureña?

— ¡No es cierto!

— ¿No es cierto que los laboratorios que usted está implantando en Latinoamérica y en Aztlán son para castrar, esterilizar y "autoaniquilar" a nuestras mujeres y a nuestros fetos para que no contaminen a su WNRA?

— Shut up!

— ¿No es cierto que ustedes son todos una bola de seudocientíficos racistas, autoproclamadores del "superhombre" nietzscheano, cabrones y asesinos?

— Shut up!!

— ...Y de lo del Medic Watergate, ¿qué me dice?

— ....

La figura tremendamente incontrolable del Dr. Franz Fisher asaltó a los ojos nocturnos del Dr. Greenhouse. "Greenhouse, you are a son-of-a-bitch. You went too far". Franz Fisher, miembro de la WNRA, se había casado con Miss California, joven de veintiún años y cuarenta más joven que su cónyuge. Bajo consejo y consentimiento del Dr. Greenhouse, su recién desposado, se había sometido al experimento. El Dr. Greenhouse le había inyectado el esperma sexagenario. Se sometió a una rigurosa y continua supervisión. A los tres meses, se detectó algo sutilmente raro. Franz Fisher, el futuro padre putativo, comenzó a sentir síntomas de lo que sería agudo nerviosismo. Tres meses después, bajo una luna llena, se acercó a su demacrada esposa. Esta, al sentir una mano fuerte sobre su abdomen, se colgó de las barbas lunáticas de su esposo. Un "Ay..." prolongado y cabrudo se deslizó sanguinolento por los muslos anacarados de la Miss California. Las uñas teñidas de rojo se asomaron a las pupilas del Dr. Adolph Greenhouse. En las páginas del *Timeless Journal* aparecía, con tinta roja, el título: "Tremendous failure of the genetic theory and experiment of the Nobel Prize Winner, Dr. Adolph Greenhouse, and its crony the WNRA". Un Mini Medic Watergate se desencadenó. Los cronistas bancarios comenzaron a indagar y hallaron, entre otros hechos, que las Multinacionales no recibían beneficios por carencia de mano de obra. Que a los grandes y pequeños rancheros se les quedaban las cosechas en los campos. Que los bueyes encorvados de antes ya no podían arrastrar sus quebrantadas piernas, y que las vacas yermas ya no podían parir. Un anillo en la cadena generacional y germinal se había malogrado. El desierto extrañaba el goterío de sangre, y el río, en su corriente, lloraba el vacío de su vientre de huesos y voces de aullidos. La *Banker's Association* de Daniel Steinfellow cortó el cordón umbilical que nutría a la WNRA. Bajo la venda nocturna del Dr. Greenhouse brillaban las coloradas uñas del adolecido Dr. Fisher. Nellie López lo sacó del ensimismamiento.

— Dr. Verthaus...

— Don't call me Vert...

— Dr. Greenhouse, ¿usted me reconoce?

— Un poco.

— Usted conoce al Dr. Samuel Rosenbaum, ¿que no?

— Sí, lo conozco. Es una amistad.

— ¿Qué lo une a él?

— Su amistad y la profesión.

— ¿Qué más, Dr. Greenhouse?

— Ya le dije. Nada más...

— ¿No es verdad que participan de las mismas creencias?

— ¿A qué... se refiere usted?

— A un sionismo nazi.

— ¡Yo no soy... nazi!

— Pero sí sionista.

— ¡No, yo no soy... lo que usted dice!

— ¡Diga la palabra, baboso!

— ¿No, no, yo no soy... eso!

— ¡Dígala, cabrón!

— Yo no soy sion...

— Por consiguiente..., Dr. Greenhouse, usted me conoce a mí.

— Yo no la conozco a usted.

— Usted le aconsejó al Dr. Rosenbaum que lo que yo tenía era un tumor en la matriz, cuando simplemente se trataba de unos dolores de úlcera en los intestinos.

— No, yo no le dije nada.

— ¡La verdad es que ustedes me esterilizaron, Dr. Greenhouse!

— It was a tumor.

— ¡Ustedes me castraron, Dr. Greenhouse!

— ¡Yo sólo aconsejé!

— ¡Y mi novio me dejó, Dr. Greenhouse!

— Porque se creía muy macho, that's why.

— ¡Ya no podré tener hijos, Dr. Greenhouse!

— So...?

— ¡Es usted un degenerado, un asesino, un racista, un monstruo! ¡Usted es peor que su enemigo Adolph Hitler!

Nellie López se dobló y se echó las manos al vientre. Antonio Noriega se levantó, se dirigió al Dr. Greenhouse y, de un tirón, le desató el nudo y le sacó la venda de los ojos.

— ¿La reconoces, cabrón?

— No, no la reconozco.

— ¡Eres un liar, jijo 'e tu chingada madre!

De un tremendo bofetón le hizo brotar un chorro de sangre por la boca. Formando una concavidad con la palma de la mano, Antonio Noriega recogió una poca. Caliente y pegajosa se la embadurnó en la cara. “Toma, perro racista”, se limitó a decir. Y con el índice le trazó una esvástica en la frente. Se dio la vuelta y se acercó con Nellie López al grupo de los compañeros. A una señal del líder, todos se doblaron sobre sus rodillas. Murmuraron algo entre dientes. Luego, Antonio Noriega se levantó y, clavando la mirada en el fuego, profirió: “Llorona, Madre nuestra, la sangre de este cochino racista te ofrendamos en reparación parcial de la mucha que de nuestros hermanos, tus hijos, vertió. Recíbela, Madre Dolorosa, como sustituto de tantas lágrimas por ti derramadas”. Al terminar esta invocación, todos se pusieron de pie. Antonio Noriega, fija y paulatinamente, extendió su mano sobre las llamas. La giró y la retrajo. Toda ella aparecía cubierta de una costra negra. “Let's go, compañeros”. Al mandato, los otros varones le siguieron. Ya el Dr. Greenhouse les esperaba con las córneas blanqueadas abiertas de par en par. Lo levantaron con firmeza. Le rasgaron el pijama. Lo agarraron por los brazos y las piernas. Pataleaba ferozmente, pero un puñetazo al estómago de Ramón Oromí lo dejó adormecido. Seguidos de las tres muchachas, recorrieron las catacumbas con la víctima en los hombros. Un sol de mediodía los recibió a la salida. Prosiguieron loma abajo. Al llegar a la orilla del río, lo depositaron patiabierta en el suelo. Nellie López obtuvo una horquilla de pelo de Linda Ortega. Agarrándole los genitales y, con un fuerte empujón, le taladró la región cercana a los testículos. Como lo hicieran las banderillas de un toro, los dos chorros de sangre rodaban por la ingle y por los muslos desnudos.

Entre los cuatro lo metieron en el río de cuerpo entero. Manchas rojas afloraban y se las llevaba la corriente. “Hermanos nuestros, que en el fondo del río descansan, vean con sus ojos secos cómo flota la sangre de este perro rabioso que mordió a tantas de nuestras hermanas. Estas gotas de sangre servirán para aplacar los ojos de nuestra Madre, La Llorona”. Lo sacaron del río y lo regresaron en hombros. En otro de los escondrijos de la cueva lo dejaron solo.

## SIETE CABALLOS

*The well-known designer of future generations, Doctor Adolph Greenhouse, was taken from his hotel suite last night. An Equal Rights Convention is taking place in the Tropics. An international coincidence?*

*(The Nation)*

*Pesadas pezuñas galopaban veloces por las escabrosas montañas. Hermosas ancas de Arabia. Enajenadas y enjaezadas monturas de charros lucían sobre herrumbrosos destellos de cascos. Por los cerros montañosos de las rocas y del Sagrado Corazón, por los Valles texanos, Imperiales y de Coachella, volaban intrépidos pisoteando vidas y sembrando estrellas. Arabescos diseños de tortuosos destinos. Nuevo diseño de Aztlán Manifiesto. De los veloces cascos chorreaba la sangre de innumerables y despreciables hermanos.*

## VII

### *Antonio Noriega*

A Antonio Noriega no lo conocí por mucho tiempo. Era más viejo que yo. Tenía dos años más que yo. Nos hicimos amigos en el *second semester*, cuando él estaba en el *sixth grade*. A él lo seguíamos todos, porque era el más viejo. Nos trataba de “kids”. Lo que más recuerdo de él es que le gustaba mucho la pesca.

Cerca del Parque San Lázaro pasaba el canal. Ya él tenía experiencia. Era el más mayor de todos nosotros. Tenía una caña de pescar muy buena. Se la había traído Santo Clos de *Christmas*. El decía que había sido su papá, que no Santo Clos. También nos dijo que no nos hiciéramos pendejos, que no había Santo Clos ni cosa que se le pareciera. De todos modos, tenía una caña muy buena, automática. De esas que se les aprieta un botón y se avienta el hilacho muy lejos.

A nosotros nos enseñó a cómo hacer unas cañas “*home made*”, como nos decía él. Que él comenzó así, con las “*home made*”. Un palo y un hilacho atado a la punta. Nos hablaba de muchos y diferentes pescados. Pero que en el canal nomás se pescaban los *catfish* mentados. Que no había más pescados que *catfish*. Sabía mucho de pescados, porque su papá le mercó un libro de muchos pescados de diferentes colores. Quesque un día lo llevaría a La Paz, allá por México. Eso nos dijo él que le dijo su papá.

Cuando estábamos platicando, le picó un *catfish*. Lo quiso sacar luego luego, pero el pescado era muy peleonero. Antonio Noriega se entusiasmó. Tanto así que con el gusto hasta le salían malas palabras. Por fin, lo sacó. Saltaba por todas partes. Nellie López daba gritos asustada. El Antonio le puso un *tennis shoe* encima y el *catfish* se calmó. Pero la Nellie todavía daba chillidos. Antonio le gritó y ella se calmó. Yo no sabía por qué estaba ella allí, en el canal, con nosotros. Ella me lo aclaró diciendo quesque porque “andaban *steady*”. Pero el Antonio dijo que no era cierto, que ella estaba “*bluffing*”.

Aquella noche no pude dormir. Mi mamá me preguntó que por qué daba brincos en la cama. Yo le dije quesque el *catfish* saltaba mucho por mi cama y por mis ojos. Es que no le quise decir que el pescado le tenía miedo a La Llorona. Que por eso saltaba el *catfish*. Bien pudiera ser.

Al día siguiente se lo dije al Antonio. El se rio cuando le dije que el *catfish* había mojado mi cama. “Bato, te meates de miedo”, me dijo. Nomás eso me dijo. Desde aquel día Antonio se me hizo más grande, más fuerte. Se me hacía que no tenía miedo a nada.

Al Antonio ya no lo vi mucho más. Se había ido a la *Junior High* muy pronto. Buen bato, el carnal. A la que si vi muchas veces fue a la Nellie. Ella era más menor que yo. Yo tenía un año más que ella.



## EL BANQUERO

El rascacielos se encontraba clavado en el centro la ciudad. Treinta pisos desafiaban a las inclemencias del tiempo. Las aristas marcaban los cuatro puntos cardinales. La miriada de ventanales divisaba de soslayo a los cuatro continentes. El gigantesco edificio estaba rematado por una pirámide afilada. Y en la punta, un templado pararrayos. Un *Empire State Building* al desierto trasplantado.

La masa de cemento, hierro y acero se hincaba diez metros en el suelo. El sótano era una enorme sala sin divisiones, ni biombos ni tableros. Era la oficina del banquero Daniel Steinfellow. Mesas, pupitres y sofás yacían periféricos. Pantallas, calculadoras y teléfonos servían de contacto al mundo externo. En el centro un enorme pilastrón que albergaba un ascensor. El pilastrón se hundía otros cinco metros en el subsuelo. Era el esternón. Dos cuchillas perpendiculares cortaban al rascacielos en cuatro alones. Ochenta países convivían separados. Una torre de Babel. Y, esparcidos por doquier, una legión de traductores. Diminutos micrófonos empotrados en las paredes transmitían las ininteligibles transacciones. Juego, subasta y bolsa de acciones. Marcaba Steinfellow un paso marcial, imanado cada vez por un punto cardinal. Cubierto de micrófonos y de un auricular, caminaba el banquero en dirección diagonal. Cuatro enormes pantallas decoraban paredes, y sus números computadorescos se proyectaban eléctricos. Una mirilla submarínica, enclavada en el esternón, le permitía otear, desde la atalaya, el mundo exterior.

Antonio Noriega estudiaba negocio. De niño había vivido en la Calle Central. El barrio “El Tecolote” tuvo que desplazarse para dejar lugar a siete rascacielos. Veinte años después caminaba por entre mármoles, cristales y azulejos. La tierra que ocupaba su casa quedó aplastada por la mole de cemento y acero. Rezaba una enorme placa: INTERNATIONAL MONETARY BANK. En la recámara, sus padres dormían enamorados. A los doce meses gateaba por el suelo. A los cinco años vio la demoledora cruzar el barrio. Se habló mucho del “progreso”. La mirada de su padre quedó paralizada y los ojos de su madre se volvieron secos.

Por los corredores del *College of Business* se asomaban economistas y banqueros. De las paredes pendían tapices, pinturas y lienzos. Renoir, Da Vinci y El Durero. En las aulas se exponían los últimos eventos. Los canientos profesores, con lupas en los ojos, hablaban de técnicas, de análisis y de métodos. Un mapa de la ciudad se sobrepuso en el tablero. El profesor marcaba con la batuta, y Antonio Noriega la seguía en el trayecto. La batuta se paró y sus ojos se posaron transfijos en el centro.

El mapa dibujaba un cuadro de ajedrez. Cuadriláteros blancos y cuadriláteros prietos. “*Real Estate is like a game. You have to move in the right direction*”. La batuta se movía empujada por la mano, por el brazo y el cerebro. Con la punta imanada procedía hacia su centro. El centro. Sobre su casa aplastada se afincaba el rascacielos.

Por el cuadrilátero del sótano se paseaba el banquero. Y al oído le soplaban su consejero: “*You are The Player, Steinfellow*”. El Dr. Fisher era su alter ego. “*Look, Daniel, I've learnt to play through hard work. The rise and the fall of all Empires were subject to the rules of this game. Winning is its name. Loosing is a checkmate. The old Empires taught me the lessons. I'm the inventor of the new wave. I counseled Washington and Jefferson. Monroe applied it the right way. You don't have anything to loose, rather everything to gain*”. “*Fisher, you are not telling me anything new. I inherited it long time ago. From Moses to Abraham, from Abraham to Juda, from Juda to Ben Gurion, and from Ben Gurion to Begin. I know it all*”. “*Don't get upset, because it is all the same*”. Por los gigantescos azulejos arabescos se paseaba ensimismado Steinfellow, el banquero. Cuadriláteros blancos y cuadriláteros negros.

Eran las siete de la tarde de un día de verano. El banquero Daniel Steinfellow le había echado llave a su maletín aterciopelado. Le pasó la mano delicadamente por la curvatura protuberante formada por la preñez de notas bancarias. Un rojo sanguíneo tirando a cereza. Lo dejó descansar sobre la *love-seat*. Se dirigió al centro. Acercó las pestañas a la mirilla submárinica incrustada en el pilastrón. Por el ojo del pararrayos se fijó en la limpidez del cielo. Giró la mirilla. La contaminación rodaba por el suelo. El gran ojo del sol ya se había traspuesto. Las luces de neón guiñaban la hora del sueño.

Daniel Steinfellow se apretó el nudo de la corbata, agarró el maletín y pulsó el botón de ascenso. Llegó al cilíndrico estacionamiento. Sin dejar de la mano el maletín, sacó la llave de su Lincoln último modelo. Miró hacia el rascacielos. Las luces de las ventanas reverberaban en el color de su carro rojo-cerezo. Abrió la puerta. En la espalda creyó sentir un dedo. “Si te mueves, te vuelo”. En el carro adyacente se metieron los cuatro y el maletín repleto. Antonio Noriega metido al volante y Daniel Steinfellow en el asiento delantero. Pagaron la cuota al taquillero. Las manzanas ajedrezadas de la ciudad dibujaban un cuadrilátero tablero. Y el *Chevy stationwagen* desapareció por el desierto.

Zigzaguearon por la orilla del río. Las raíces de algunos árboles bajaban la ladera para beber en el agua. Hendían sus tentáculos en el lodo de la madre y se retorcían enroscando podridos huesos. Por las arterias subía una sangre sudorosa. Sudor derramado por latigazos del sol, de la migra y de los rancheros. Sudor lacrimoso, “*ayes*” de los muertos. Subía la savia por las ramas hacia las hojas. Hojas de papel que temblaban con el viento. Viento de suspiros de niños, de mujeres y de viejos. Los suspiros soplaban, pero permanecían a las ramas agarrados. Estremecimiento de hojas y de huesos. Bajo el sobaco temblaba el maletín de Steinfellow.

Una figura enlutada los esperaba con una *flashlight* a la puerta del sótano de la loma. “*What is this*”? Por las venas de la mina caminaban glóbulos blancos y glóbulos prietos. Sudor rojizo de mineros encorvados. Sangre drogadicta extraída por la jeringa de los bancos. Hacia atrás caminaban por los corredores, como fetos que el nacer van rehusando. Vientre vacío de oro cobrizo, cuyo hijo empeloto lo pasean de mano en mano. “*This is... el origen*”. Y en el cepo cobrizo lo sentaron.

— Your name is Daniel Steifellow, isn't?

— Who do you think you are, Pontius Pilate?

— Soy Antonio Noriega, el Jefe de Los Siete.

— So... you are the Kidnappers!

— Nosotros somos los justicieros.

— With what authority?

— La nuestra, delegada por La Llorona

— What do you want from me?

— ¿Qué tiene dentro ese maletín?

— Everything.

— Let's see.

— Don't you dare!

Antonio Noriega se acercó a él. Se lo iba a arrancar de un jalón, pero en su lugar enseñó levemente una hilera de dientes dibujando una incipiente sonrisa. Dio la vuelta y se dirigió hacia el solitario fuego. Desde el centro fue girando con la precisión de la segundera de un reloj. El fuego reverberaba en sus pupilas incandescentes. Cuatro movimientos leves y pausados delataron seis escondrijos en la pared de la cueva. Como fetos encorvados contra la matriz, se hallaban cuatro rehenes. Frente a ellos, y sentados en el suelo, ponderaban seis sombras enlutadas. Cerrado el círculo, Antonio Noriega se dirigió al banquero Steinfellow.

— ¿Los reconoces?

— They are only four. Where are the other two?

— En las entrañas del río.

— Did you drown them?

— El llamado del vocerío...

— Why? We still had business pending!

— ... de dolor, de sangre, y de gemidos.

Antonio Noriega cerró los labios y apretó los dientes. Sus bíceps se abultaron, y del sobaco le extrajo el maletín. El azopilado banquero se lanzó tras la presa. Una patada en el protuberante hocico lo devolvió a su asiento. Entre sus manos transportó el panzudo botín. Destellaba contra el fuego. Los Hijos de La Llorona giraron con denuedo. Siete heladas caras delataban el misterio. La llave pendía del asa. Entre el índice y el pulgar temblaba encarcelada. Saltó una bisagra, luego la otra. Se abrió la boca, y del vientre surgió el secreto. Un griterío de voces, de suspiros y de ayes de muertos.

Delicadamente colocados en el *attaché*, aparecían fardos de billetes de históricas caras. Números mágicos en las cuatro esquinas de los cuadriláteros. Apuntaban a los cuatro puntos cardinales. A Tierra de Fuego y al Yukón, a Europa y al Japón. Las caras, prendidas de los billetes, se paseaban por computadoras y por satélites. Papeles verdes colgados de eucaliptos, de pinos y de naranjos. Pinos de Navidad con naranjas de plástico, implantados por Monroe, Jefferson y Washington.

Y el eucalipto crecía robusto, sus raíces clavadas en la tierra en donde había estado fincada la casa de la familia Noriega. Las raíces se extendían por el enorme cuadrilátero. Norte, Sur, Este y Oeste. Como un enorme *real-estate* de bienes-raíces ajedrezado. Se estiraban, crecían y engordaban por canales, cloacas y alcantarillados. Por iglesias, escuelas y hospitales; por cortes, capitolios y algodones. Daniel Steinfeld, con la regadera en la mano, le echaba agua al árbol lozano. Antonio Noriega, abierta la bragueta, escupió un chorro encorajinado. Y las caras, azotadas por los vientos cardinales, sonreían prendidas de los billetes de los árboles.

— Mr. Steinfeld, tú sabes jugar al ajedrez, ¿que no?

— I sure do. I'm The Player, you know.

— Si tú eres El jugador, ¿qué hace el Dr. Fisher mentado?

— He thinks he is the teacher. But, he is just a counselor. In reality, he is my coach.

— Entonces él es tu maestro.

— No, he is the coach of my players. I hired him, that is all.

— Tú mueves las piezas, ¿que no?

— Not necessarily. I oversee, supervise, control. I'm what you might say... your Holy Spirit.

— “Your...” Our Holy Spirit?

— That's right!

— Our Holy Spirit is La Llorona, baboso.

— Who?

— ....

Por las hojas de los árboles subía un viento huracanado. En el Golfo de México y en el Mar de Cortés se había formado. La Zandunga y La Malinche venían dibujando un baile espiral. Dos cornucopias preñadas de truenos y de rayos. Se juntaron en el Río y descargaron un relámpago. Por las rendijas de la loma penetró un "ay..." atormentado. "Ay... de mis hijos, colgados de los árboles. Las raíces peludas, como las manos de *King Kong*, roturaron la tierra y la hicieron una tumba. Los huesos de mis hijos ni en la tierra descanso hallan. Las raíces chupan y chupan y los huesos se convierten en savia. Mírenlos ahí, colgada de los árboles su risa macabra".

— Mr. Steinfellow, en este maletín hay dinero de varias denominaciones, ¿que no?

— You are telling me!

— Los billetes de un dólar, ¿qué significan?

— Church related money.

— ¿Mucho?

— Not bad.

— ¿De dónde procede?

— Mostly from salaries, collections, interests and lands.

— ¿De la Diócesis?

— Don't make me laugh!

— Porque es dinero del pobre.

— I would be the poor. Why don't you try the Pope?

— Tú no crees...

— No, I'm not Catholic, but...

— Pero controlas el dinero y...

— Yes.

- ... el cerebro, y...
- You might say so.
- ... el espíritu.
- Only The Holy Spirit Bank.
- ¿De quién es ese banco?
- They say it belongs to the Pope.
- Y tú, ¿qué dices?
- I just have the control.
- De los intereses, del espíritu y del sudor.
- He told me the interests would help save my soul.
- Entonces tú crees en Dios.
- My Kingdom is of This World.
- Desvergonzados los dos.

Las hormigas seguían trabajando. En sus fauces poderosas cargaban vegetales, drogas y guijarros. Construían pirámides, sinagogas y bancos. Por la tierra caminaban arrastrando sus mandíbulas, sus patas y sus rabos. Subían y bajaban, de cabeza y de costado. Las abejas chupadoras llevaban el néctar en sus zancos. Flores y capullos de algodón, de viñas y de naranjos. Sudorosas, peregrinaban de la planta a la colmena, de la flor al panal, y del panal a la tienda. El abejorro se deleitaba en una blanca mesa. Y la colmena y la loma se hinchaban y ascendían formando un rascacielos rematado por un pararrayos.

Un titiritero junto al banco deleitaba a los niños de ojos estupefactos. Un muñeco, “*Made in México*”, por hilos invisibles pendía de un palo. Y el titiritero movía prestidigitadoramente los dedos, la mano y el brazo. Y los ojos de los niños chicanos se mecían y mareaban de los hilos colgados. Las pupilas de Antonio Noriega contemplaban su casa sepultada bajo los cimientos del Banco.

Por los surcos alineados del campo gateaba una escuela de niños arrastrados. Sueños fantásticos hilvanados corrían por los hilos del cerebro, cual telaraña de caprichosos diseños. Y el coyote despierto en el centro. Con su aguzado látigo trazaba rayos por el cielo. Hebras luminosas y sanguíneas dibujadas por el suelo. Con el brazo, con la mano y con los dedos movía hilos el titiritero. Y la escuela de los niños sudorosos y cansados se

arrastraba por los sudorosos surcos del campo. Y la araña panzona en el centro manipulaba cautelosa desde el sótano del Banco.

— Mr. Steinfellow, ¿conoces tú a Lencho Loma?

— Of course, I do.

— ¿Cómo lo conociste?

— Through Homestead and Espinoza.

— El Senador y el Ranchero.

— You might say so.

— Y ¿qué te aportó?

— Revenues, my boy, revenues.

— ¡Revenues del sudor de hombres, de mujeres y de niños!

— That, I don't know.

— ¿Qué es lo que sabes tú?

— I deal with money, you know.

— ¿Estos billetes de cincuenta dólares?

— Well... I guess so.

— ¿Cuántos millones?

— Ask them.

— ¿A quién?

— Espinoza, Homestead and Lencho Loma.

— Tus ladrones.

— They are just my Players. The rest are their problems.

— Negocios legítimos, ¿que no?

— Under the Law.

— Son ustedes unos pinches cabrones.

Mr. Steinfellow dirigió la vista hacia los nichos de la cueva. Sentado se hallaba el Senador Teddy Homestead, el Ranchero. Había dos nichos vacíos. Trató de localizar al Senador Alberto Espinoza y a Lencho Loma, el coyote. Sus pupilas se dilataron como ojeras de tecolote. Noche preñada de chillidos de niños. Por los corredores de la mina jugaban al escondite. Se metían por las venas de metal de cobre. Con la bujía sobre la frente perforaban la salida. Como topos arañando se deslizaban a gatas por las venas de sangre y de huesos taponadas. Seguían en su carrera los niños en manadas. Sudando y enlodados se acercaban al subsuelo, la placenta del enorme rascacielos. "No, no in that direction", resoplaban los colmillos del poseso banquero.

Por las venas de las calles se apostaban los *teenagers*. Dobleados sobre sí mismos, resoplaban en sus sueños. El brazo izquierdo reclinado en la placenta y el derecho medio muerto en la acera. Una jeringa vacía rodaba lentamente hacia el desagadero. "Chingao Steinfellow", gritaba el papá de Tony Lucero. Las lágrimas de las madres corrían por el alcantarillado y se reunían en el sótano en una rojiza noche de duelo. "Es el tanto por ciento", le ladraban los padres de los muertos.

El Senador Espinoza se paseaba por el centro con zapatos de charol, corbata y sombrero. Miraba de reojo escoltado por prolongados "ayes" sembrados por el viento. Escupitajos, huevos y tomates volaban por el aire en un torbellino certero. Por la arteria de la calle corría Alberto Espinoza escapando y sorteando el tremendo aguacero. A la puerta del capitolio, cual vejiga ensangrentada, le esperaba saludando Daniel Steinfellow. "Oh, boy, if I'm glad to see you", albrició el banquero. Y por las calles de la ciudad se deslizaba la juventud en la telaraña del juego.

— ¿Quién le abrió las compuertas a la presa del agua, Mr. Steinfellow?

— The City Water Dam Corporation.

— ¿Por qué?

— Because, as we say, "God and Nature...".

— Y muchas mujeres y niños murieron.

— The laws of God and Nature.

— ... Conoces al juez Douglas Wright?

— Yes, I do.

— El es tu *partner*, ¿que no?



- His business and my business don't mix.
- El sabía que abrirían las compuertas de la presa...
- His business and the CWDC don't mix.
- ...y que las aguas se llevarían las casas y las propiedades de los barrios...
- “God and Nature”, you know.
- ... y que esas tierras serían “tierras de nadie”...
- That is the Law for you.
- ... y que en ellas construirías rascacielos.
- That is Business. So?
- So, “Law and Business don't mix”?
- What are you trying to say?
- Saber cómo el juez Douglas Wright construyó su mansión en *Sunrise Hills*.
- Money that my Bank lended to him.
- An exchange. Un intercambio de propiedades.
- Well... it is not that simple.
- ... y de sudores y de sangre. That “Law and Business *do* mix”, a través del sudor, de la sangre y de la muerte. Mr. Steinfellow, son ustedes unas pinches sanguijuelas...
- Shut up!
- ... que convirtieron la sangre de los pobres en estos billetes de a cien dólares.

Antonio Noriega cogió en las dos manos los haces de billetes y los apretó contra el pecho. Quejidos de innumerables niños retumbaron en sus brazos y en la cueva. “Ay... de mis hijos muertos por el agua de la presa. Yo no he sido la que los ha matado... Fueron el *Realtor*, el Juez y el Banquero. Ay... de mis hijos, ahogados por el dinero”. Antonio Noriega se acercó lentamente al mortecino fuego. Alzó los ojos al cielo rodeado de sus compañeros. Extendió los brazos apuntando al centro. Una cascada de papeles se estrelló en las brasas. El incienso, la sangre y los lamentos se mezclaron en rojas llamaradas.

Las paredes de las escuelas se vaciaban. De los cielorrasos y de los ventanales pendían dibujos de animados *Peanuts*, *Pink Panther*, de *Frito Bandido* y *Speedy González*. Se desprendieron de los hilos y de los cristales. Corrían, se alborotaban y se mezclaban en juegos, peleas y bacanales. "Shut up", proclamó Ms. Fairchild. Del ojo izquierdo de Antonio Noriega brotó un chorro de sangre. Y el Río hinchaba de agua su ancha y profunda madre. Tejados, paredes y ventanales chocaban en confusos oleajes. Y el Senador Homestead, desde el helicóptero proclamaba: "There go our property taxes". El Río se hinchaba y las escuelas se vaciaban.

Un río de espermas nacía. El Dr. Adolph Greenhouse, Presidente de la *White Nordic Race Association*, andaba muy hacendoso. Había construido un invernadero. Una burbuja de plástico hinchada. Iba seleccionando, injertando y plantando. De Estocolmo llegaba la savia. Vejstorios de genitales marchitos con dificultad y resoplidos se masturbaban. Volando venían los aviones *jumbo* repletos de la líquida carga. El Dr. Greenhouse los sellaba en diminutas cápsulas. "A veinte dólares la muestra", le gritaba a Latinoamérica. El banquero Steinfellow los metía en la fuerte caja. "Tenemos que crear una nueva Raza".

— Mr. Steinfellow, ¿tú te crees un dios?

— Don't flatter me, boy!

— Tú eres todos y todo.

— I'm just one of the fellows.

— Tú eres el maestro, el obispo y el médico.

— I'm just the Player!

— Tú eres la ley, la política y el dinero.

— ... I'm David Steinfellow.

— ¡Tú eres un cerdo, un cochino y un puerco!

— Shut up.

— Tú eres el dios del juego.

— Shut up!

— Por tus dedos corre sangre de muertos.

— Shut up!!

— En tu cerebro anidan telarañas diabólicas.

— Shut up!!!

— En tus oídos, lamentos de niños...

— ....

— Y en tu boca, ladridos de perros...

— ....

— En tus narices anida sangre putrefacta...

— ....

— En tus testículos, leche de cabra...

— ....

— y en tu culo, cuacha de dinero...

— Sh....

— Eres la absoluta mierda de la nada.

Desfallecido, cayó Steinfellow en el suelo. De su nariz aguileña surtía un hilo de sangre. Se formó una pocilga de cieno. Por las fosas nasales le subía un olor fétido, encaramándose hasta las células del recuerdo. En su cóncavo cráneo parían las arañas agujijones de veneno. *“Leave me alone, leave me alone, you sons-of-bitches”*. Y los agujijones le inyectaban quejidos en las células del cerebro. Hacia el sótano del Banco una legión de niños seguía corriendo. *“Not in that direction, please, not in that direction”*.

Siete afluentes de alcantarillados, de drenajes, de excusados, de canales, de venas y de ríos llevaban en la entraña, prendidos del ombligo, los restos de los niños. Allí iba Anita Garay con sus piernitas abiertas y apuntando con el índice. Y el hijo nonato de Nellie López, gritando desde el mundo de los que no han sido. Y el niño que, agarrado del seco palo, corría en su tumba junto a la autopista sepultado. Y el niño que portaba la cereza marchita en su ombligo inflado. También les seguían Lencho Loma, Carlos Corona, Licho Loma y Alberto Espinoza. Nadando por los afluentes del cerebro batían sus alas de ángeles y palomas, de zopilotes y de murciélagos. Por las minas y los calles, por los ferrocarriles y los algodones aleteaban brazos sudados de sangre y de lamentos. Los afluyentes corrían llenos de mierda verde y de dinero. *“In that direction, please, in that direction”*. Y el centro del sótano del Banco era una pocilga gigantesca. Y en la pocilga, un filtro inmenso. Sudores, sangre, fetos y lamentos se los convertía en límpida mierda verde, materia del dinero.

Un fantasma de alas nocturnas y vientre vacío proyectaba su sombra sobre la pocilga y el filtro. Procedía del Río. Un “Ay...” lastimero, salido del pico, hirió la nariz de Daniel Steinfellow. “Ay... de mis hijos, esclavizados por el dinero. Este cabrón fue un dios carnicero. Las vidas de mis hijos colgadas de las uñas de este titiritero. Sus dedos sanguíneos, cual tentáculos de pulpo, se extienden por todo el mundo. Y por sus ventosas chuponas corre el sudor y la sangre de mis difuntos polluelos. Destruyanle esas uñas, esos dedos y esas manos y háganse, mis hijos, justicieros”. Con sus alas extendidas giró siete veces sobre el fuego. Y la voz del lamento se esfumó con el vuelo.

Los cuatro rehenes, imantados por la voz y por las llamas, se levantaron de sus nichos y se acercaron hacia el centro. La concavidad de la cueva se hinchó al proyectarse los fetos contra el techo. Antonio Noriega impartió la justicia al último reo. "Estimados carnales, este es el mero Mero. Este es el que se esconde detrás de los demás. El mero Chingón. Si acabamos con éste, acabaremos con todo el pedo. ¿Cómo la ven, compañeros?" Todos inclinaron la cabeza. Se defendió Daniel Steinfellow a patadas, pero los presentes lo sujetaron por los brazos y por el cuello. Las llamas desprendían lenguas encorajinadas. Se volatilizaban envueltas en blasfemias coloradas. Criaturas descarnadas brotando de la matriz ensangrentada.

El reo, empujado, se arrodilló. Con los brazos extendidos, tentó el fuego. Chirriaban sus uñas chillidos de niños. Sus manos obesas protuberaban hinchados chicharrones. A borbotones chorreaba la grasa, crispando la llama en negros fogones. Del *attaché* volaron billetes, y las caras de los presidentes se desprendieron de los papeles. “Ay... de mis hijos, convertidos en mierda verde”. Cayeron en el fuego. Y la cueva se impregnó de aleteos pestilentes.

## SIETE CORBATAS

*The presence of a mysterious man, Daniel Steinfellow, faded in the darkness of the night. The basement of the International Monetary Bank is empty. It is said that the void can cause an earthquake. International Plotting?*

*(The Times)*

*Siete corbatas lengüeteaban bajo gafas de sol. Código secreto en ondas sonoras de walkie-talkies. Millones de huellas de dedos prietos desfilaban en microceluloides ante lentes ahumadas por el resplandor del sol. Puzzles complicados resueltos con computadoresca precisión. Estadísticas irresolutas se descifraban en pantallas bancarias. Bajo el cristal mágico de una lupa, siete pares de huellas ahumadas se revelaron incautas. Y... la piedra preciosa, colgada del imperdible de la corbata, lengüeteaba. El puzzle apareció tendido ante siete sadísticas miradas.*

## CONCLUSIÓN

Cuarenta y nueve voces monólogas taconeaban un ritmo marcial. Hocicos trompudos pegados a una enorme bocina de metal. En línea vociferaban siete nombres. Siete crímenes perpetrados contra un orden social. Siete veredictos. El eco respondía con siete desórdenes recreadores de un orden sagrado. Vida, muerte. Muerte, vida. Un ciclo compensado.

La línea marcial se bifurcó formando un cerco. El cordón umbilical rodeó la loma. Vientre preñado de séptuples hermanos. Apretó la soga. Un “Ay...” materno exhaló. Se oyeron siete voces de doctor. Siguió un descanso.

Las gotas de sudor flotaban sobre las aguas del río. En la lejanía, el ojo-de-agua se hallaba abierto de par en par. La fuente fluida paría un arroyo vital. Boca maternal de "ayes" lastimeros escapados por entre fauces parturientas. Muslos apretados formando la firme madre del Río. Chorreaba sangre pura de vida. En la distancia se convertía en sangre de muerto.

Y el cordón umbilical seguía ceñido a la matriz. “*Come out!*”, ordenaba la voz todopoderosa del doctor. La cueva se consternó. La bocina metálica brillaba bajo un resplandeciente sol. Ángeles apocalípticos inflaban sus cachetes sonrosados y exhalaban un ronquido estertóreo. Voces blasfemas en un juicio final. “*Come out!!*”, gritó la trompeta policial. El aire circundante se estremeció. Desprendían las nubes gotas de dolor.

Los cachetes inflados se sumaron en un gran rosetón. Una estrella diamantina en el frontispicio de un enorme sombrero. De sus picos brotaban rayos, desafiando a los del sol. Las gafas ahumadas ocultaban sus ojos atomatados que, en el reflejo, leían las imágenes al revés. Leyes invertidas, caprichos caleidoscópicos, juego de ajedrez. La lengua le colgaba exhausta. Perruna corbata de siete días de caza. Secreción babosa de larga pesquisa de huellas. Sobre las acharoladas botas caía la perruna baba. Botas enormes del gigante *Green Giant*. Y la pistola a la altura del anca. Giraba el revólver al estilo cowboy, implantando en sus dominios un desorden edénico. El humo de las siete descargas servía de incienso al gigante *Green Giant*. “*Come out!!!*”, sonó finalmente la bocina oficial. Se cubrió de una capucha blanca, y una flamígera cruz se incendió.

Una, tres, cinco... criaturas salieron vomitadas por el oscuro orificio de la cueva. Llevaban las cabezas inclinadas y las manos en las vergüenzas. Un paraíso de manzanas y culebras. Bajo la cachucha blanca, las gafas ahumadas reflejaban angélicamente cuatro Adanes y una Eva. “*There are only five..., where are the others?*” “*Why should we care!*” Y, bajo la puntiaguda bota, se estremecía la tierra.

Unas cuchillas voladoras cortaban el aire sobre la loma. Con las manos entrelazadas, en círculos concéntricos, se apiñaban los siete Hijos de la Llorona, fetos sobre el rescoldo

del mortecino fuego. “Madre Nuestra, por fin te hemos liberado de tu culpabilidad”. Produjo un eco el remolino del viento. “Ay... de mis hijos!” Las cuchillas volaban en espiral. Localizaron el centro, ombligo en forma de volcán. Desde muy alto, con unos catalejos ahumados, discernieron el blanco. De la huevera soltaron una bomba, y del ombligo surgió un cráter de sangre bronca. Bajaba la lava rojiza por la ladera de la loma. Arroyos de sangre fluían hacia el río, y, al contacto, un fuerte bramido, “¡Ay de mis hijos...!” Y era el vientre de la colina un espacio vacío.

Un siluético “Ay...” femenil serpenteó las laderas del río. Y... los “ayes” de siete madres de Aztlán taladrarían por las noches los oídos de los niños.

## *ATARDECER*

Eran las siete de la tarde. Cerca de los columpios del Parque San Lázaro se hallaba un Niño ensimismado. Con los ojos clavados en la puesta del sol observaba unas nubes estriadas, teñidas de sangre. Por debajo de las estrías cruzaba lento un globo preñado. Sus niñas caleidoscópicas diseñaron figuras. Un papalote, prendido del hilo del viento. Un insecto chupando una rosa. Una araña tejiendo su morada.

Metió el Niño las manos en los bolsillos y sacó los puños llenos. Se sentó en el zacate e hizo un montón. Siete centavos, dos canicas, una piedra, un pedazo de tortilla, medio lápiz, un papel y un globo. Con la punta de los dedos recogió el globo. Lo estiró con las dos manos. Se lo acercó a los labios. Le sopló. El aire se le escapaba por los lados. Metió un dedo por el orificio. Hinchó los cachetes, y lo volvió a acercar a los labios. Oyó un ruido como el que hace el viento al forzar las grietas de las ventanas en las noches tormentosas. Le dio miedo. Miró para todas partes, pero la noche todavía se hallaba lejos.

El globo seguía viajando por las estrías ensangrentadas de la rosa del cielo. El incauto insecto pataleaba en las estrías de la telaraña. Al Niño se le cayeron los párpados sobre una noche de miedo. La noche se le abultó. Como un globo en el cielo. La panza de la araña lentamente se inflaba con las rojas estrías del insecto torturado. Los pétalos de la flor se abrieron y se deshojaron dos lágrimas en el suelo. Miró al cielo. El globo se perdió en sus córneas nubladas.

El Niño se puso de pie.

Infló los cachetes y sopló por tercera vez.

El globo iba tomando forma redondeada.

El viento le arrancaba secretos a su alma.

Se hinchó de misterio la panza ovalada.

A cada soplo, el globo se le acercaba más y más a la cara.

Los rayos del mortecino sol

dibujaban un arco iris de infinitos colores

en la superficie lozana.

Abrió los ojos de par en par

queriendo abrazar la inmensidad del soplo.

Un descanso.

Con las manos extendidas,

estrujaba la ubre y, con los labios hinchados,

acariciaba el pezón.

Un feto parido, prendido al ombligo, volaba por el cielo.

Los cachetes exhalaban un último esfuerzo

y el globo, cediendo, explotó.

El sol moribundo, detrás de la loma, su ojo guiñó.

Chisporroteaba la loma su lava en el desierto.

Una lágrima sollozante resbaló hasta el suelo.